

7

René Escudíe
GRAN-LOBO-SALVAJE

TRITUS, UN PERRILLO NEGRO, ES ABANDONADO EN EL ARCÉN DE UNA AUTOPISTA. LO SALVARÁ EL VIEJO PERRO POMPÓN, AL QUE SEGUIRÁ EN SU BÚSQUEDA DE GRAN-LOBO-SALVAJE, EL LEJANO ANTEPASADO DE TODOS LOS PERROS. DURANTE EL CAMINO SE UNIRÁN A ELLOS EL COCKER MALLY-POP, EL PERRAZO NENÚFAR Y LOA, LA PERRITA A LA QUE TANTO LE GUSTA PERSEGUIR A LOS PÁJAROS. ALLÁ ARRIBA, EN LA MONTAÑA, DESPUÉS DE TANTAS AVENTURAS Y PELIGROS... ¿ENCONTRARÁN A GRAN-LOBO-SALVAJE?

EL AUTOR DE ESTE LIBRO, RENÉ ESCUDIÉ, HA ESCRITO EN ÉL UNA BELLA HISTORIA DE ANIMALES (... ¿O HUMANA?). UNA HISTORIA DE VALOR, SOLIDARIDAD, PERSECUCIÓN DE UN IDEAL, COMPAÑERISMO, AYUDA AL DÉBIL... Y DE HUMOR Y AVENTURAS.

A PARTIR DE 7 AÑOS

ISBN 84-348-0980-X



8 8 2 3 7

9 1788434 1809802

EL BARCO DE VAPOR



René Escudíe

Gran-Lobo-Salvaje

Ilustraciones de Patrice Douenat

28ª EDICIÓN

sm



Gran-Lobo-Salvaje

René Escudíe

ediciones **sm** Joaquín Turina 39 28044 Madrid

Colección dirigida por **Marinella Terzi**

Primera edición: diciembre 1981

Decimoséptima edición: enero 1996

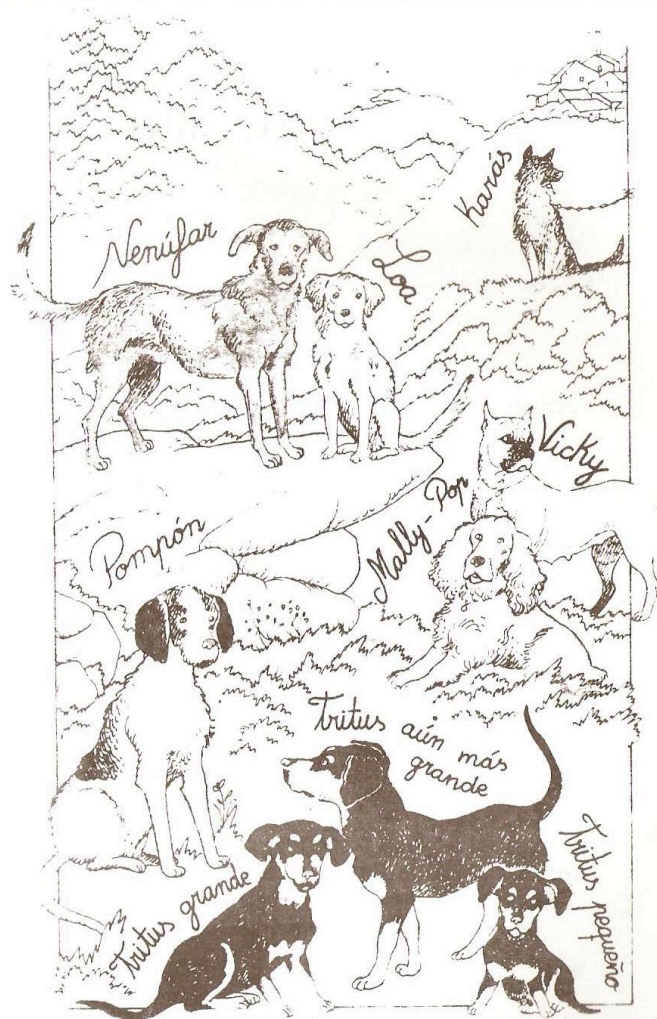
Traducción: *Manuel Barbadillo*
Ilustraciones: *Patrice Douenat*

Título original: *Grand-Loup-Sauvage*
© Fernand Nathan, Paris, 1980
© Ediciones SM, 1981
Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

Comercializa: CESMA, SA - Aguacate, 43 - 28044 Madrid

ISBN: 84-348-0980-X
Depósito legal: M-388-1996
Fotocomposición: Secomp
Impreso en España/Printed in Spain
Orymu, SA - Ruiz de Alda, 1 - Pinto (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.



Prólogo

OH! —se le escapó al niño.

—¿Qué ocurre? —preguntó su padre, echando una mirada por el retrovisor.

—No, nada —respondió el niño.

—¡No me digas que nada! Has dicho «¡Oh!». ¿Qué es lo que pasa?

El niño no respondió.

—¡Te he hecho una pregunta! —gritó el padre.

El niño siguió mudo.

Procuraba mirar a todas partes... menos al retrovisor, pero no había nada que hacer: a cada paso, allá volvía sus ojos y veía a su enfurecido padre.

—Me apuesto cualquier cosa a que se trata del perro —dijo el padre al cabo de un rato—. Me apuesto a que esa porquería de animal se ha hecho pis en mis asientos.

—No son tus asientos —replicó el niño, enfadado—. Son los asientos del coche.

—¡Niño! —dijo la madre, sin volverse.

El coche frenó bruscamente. En el silencio se oía sólo el ruidito del intermitente.

—¡Dame ese perro!

—¡No quiero! —gritó el niño.

El niño apretó contra su pecho aquella bolita de pelos calentitos.

—¡Que me des el perro!

—Obedece a tu padre —dijo la madre, sin volverse.

—¡No!

La bofetada le hizo daño al niño. Tanto, que levantó las dos manos para protegerse de una segunda. Su padre aprovechó aquel momento para agarrar al cachorro por la piel del cuello, y fue y lo dejó sobre la hierba del arcén. Luego, vino y volvió a ponerse al volante.

—¡Ya te lo había advertido! —gritó—. Y deja de llorar que te voy a arrear otra. Y arrancó.

—Ya sabes de sobra que no podemos tener un perro. Sobre todo en vacaciones. No tenías que haberlo traído ayer de casa de tu amigo. ¡Ya te había dicho que yo no quería perros! ¡Y para de llorar...!



Ya te lo había advertido: a la primera tontería, nos deshacemos de él. ¡Que dejes de llorar!

—Te compraremos un helado —dijo la madre, sin volverse.

1 *Perdido en la autopista*

EL perrillo permaneció un momento sentado al borde de la autopista.

Arrugó su negra naricilla. Aquellos olores no eran demasiado agradables: caucho quemado de los neumáticos y una peste a gasolina y aceite que subía de la carretera con el calor.

Vacilando con sus patitas aún torponas, se fue justo al centro de la carretera.

De repente hubo un enorme ruido, ¡Brrrrrruuuuuummmmm!, y luego un tremendo ¡Grrrrrrriiiiiiii!, y una cosa negra, una sombra enorme, le pasó por encima de la cabeza. Espantado, se había pegado contra el suelo.

El automóvil se detuvo un poco más lejos, balanceándose.

El cachorro dio entonces media vuelta y salió corriendo.

De repente ya no sintió bajo sus patitas el cemento duro y caliente, sino una cosa blanda y fresca que todavía no conocía: la hierba. Detrás de él hubo aún el enorme ruido ¡Brrrrrruuuuuummmmm! de otro coche. El perrillo corrió más aprisa y desapareció bajo unos matorrales, escondiéndose lo más adentro que pudo. Finalmente, unas ramas le impidieron avanzar, y allí se quedó, acurrucado, latándole locamente el corazoncillo.

—¡Te digo que estaba por aquí! —dijo una voz no muy lejos.

—¡Y yo te digo que has visto visiones! —dijo otra voz, que parecía cansada.

—¡Que no! Que lo he visto como te estoy viendo a ti. Era un cachorrillo chiquitín, negro del todo. Con unas orejas que le caían.

—De todas formas, aunque lo encontremos... ¿qué quieres que hagamos con él?

—¡Pero es que lo van a aplastar! No lo podemos dejar en medio de la autopista...

—Ya sabes que no podemos tener un perro en casa. No tenemos sitio —dijo la segunda voz.

En ese momento se oyó el ruido de otro

motor, más ligero éste que el de los automóviles. El ruido fue descendiendo y pronto se paró. Luego, unos fuertes pasos hicieron temblar el suelo.

—¿Qué hacen ustedes ahí, señores? —dijo una tercera voz—. ¿Pero es que no saben que está prohibido detenerse en las autopistas, como no sea en las zonas de aparcamiento?

—Sí, señor guardia —respondió la primera voz—, pero es que por poco aplasto a un perrito que estaba en medio de la carretera. Tiene que haberse escondido por aquí.

—¡Esa no es una razón!

—Pero es que puede provocar un accidente.

—Ustedes sí que van a provocar un accidente como no circulen inmediatamente.

—Pero...

—¡Vamos! ¡Que circulen! Si no, les pongo una multa —dijo la tercera voz.

Se oyeron unos pasos que se alejaban, el golpe de unas puertas al cerrarse y un motor que se ponía en marcha.

Hubo un ruido en los matorrales, y la tercera voz llamó: «¡Eh, pequeño, pequeño...!», y el cachorrillo vio unas botas

relucientes muy cerca de él. Y se agazapó aún más en su escondrijo.

Por fin se alejaron los pasos y, por un pequeño hueco que había entre las hierbas y las ramas, el perrillo vio cómo el policía se montaba en su moto, daba un gran taconazo en la palanca de arranque y se alejaba con un enorme estruendo.

El perrillo permaneció aún un momento sin moverse.

Todavía no era más que una bolita de pelos cortos y negros. Solamente las puntitas de sus cuatro patas y la extremidad de la nariz, justo antes del morro, eran marrones. También tenía dos mechoncillos de pelo rojizo encima de los ojos, que le daban ese aire de asombrado.

Nunca había abandonado la caja de cartón en la que había nacido. El era el más fuerte y el más despabilado de una camada de seis cachorros. Hacía poco tiempo que había comenzado a escapar al control severo pero cariñoso de su madre, para trepar por encima de los bordes no demasiado altos de la caja y lanzarse a descubrir el ancho mundo.

Y luego, un día, un animal enorme de dos patas lo había agarrado por la piel del cuello y lo había depositado entre las

manos de un animal semejante, aunque más pequeño.

Durante algún tiempo había viajado apretado y acurrucado contra el pecho del niño. Luego, habían entrado en una casa desconocida y, por primera vez, el perrillo había podido oír el trueno rugiente de los gritos encolerizados de un hombre.

Al día siguiente, el padre de aquel niño abandonó al cachorrillo en la autopista...

Y ahora, el pobre animalito, con el estómago vacío, buscaba desesperadamente entre las hierbas y los matorrales a su madre, con sus ubres a reventar de leche calentita y dulce, y el suave calorcillo de los cuerpos de sus hermanos y hermanas.

Sin darse cuenta, cruzó por entre las mallas de una gran alambrada.

Y un olor le dio en las narices. Primero débil, luego cada vez más fuerte a medida que avanzaba. Era un olor recio formado por cientos y cientos de efluvios que, demasiado joven e inexperto todavía, él no podía reconocer aún.

Se coló por debajo de unas ramas, se arrastró, quiso ir lo más lejos posible, y no vio el borde de un hoyo que comenzaba justo donde terminaba el matorral. Y rodó

como una bola a lo largo de una pendiente muy pronunciada.

Rodó a más y mejor durante unos segundos.

Felizmente para él, su caída terminó en un charco poco profundo de agua y barro. Se sentó en medio del charco, y miró y olfateó a su alrededor.

Era un paisaje muy raro.

Allí había neumáticos negros y usados, montañas de cajas de cartón parecidas a aquélla en la que él había comenzado su existencia, residuos informes de mil colores y chasis de unos aparatos cuyo uso ni conocía ni jamás conocería.

Y por encima de todo aquello flotaba una mezcla de olores que a veces asqueaban a su pequeña naricilla recién estrenada, y otras veces le llenaban de contento. Arrugó su nariz, volvió la cabeza de un lado y del otro. En medio de aquel mar de olores que llegaban hasta él, acababa de distinguir uno que conocía muy bien: el olor de la leche.

Seleccionándolo de entre todos los otros olores, lo siguió. Y dio, por fin, con un montón de cajas de cartón que desprendían, todas, aquel olor tan bueno.

Comenzó a lamer suavemente las aberturas. Luego, furioso al ver que aquello no le alimentaba, se puso a desgarrar las cajas con sus pequeños y afilados dientes.

Actuando así, acabó por encontrar suficiente líquido como para calmar su estómago.

Y, satisfecho, levantó entonces su cabeza.

Frente a él, encaramado en lo alto de una lata oxidada de conserva, vio un extraño animal que antes nunca había visto. Un extraño animal que lo miraba con unos ojillos penetrantes y crueles.

Una rata.



2 *Cómo fue bautizado Tritus*

ERA una rata enorme, una vieja rata toda llena de cicatrices.

Estaba mirando al cachorro con sus ojillos vivos y sin piedad, y diciéndose que allí tenía un magnífico postre, tan tierno, tan fresco, después de todos los desperdicios con que acababa de alimentarse.

El cachorro, la mar de tranquilo, creyó que la rata sería alguna especie de perro. Por primera vez en su vida, salió de su garganta un pequeño ladrido amistoso.

Pero la vieja rata no era animal que se asustase con los primeros ladridos tímidos de un perrillo, y se acercó, arrastrando por el suelo su larga cola callosa. Entonces, el cachorro ladró otra vez, con voz algo menos tranquila. Y retrocedió un poco.

Sin hacer ruido, sin previo aviso, la rata se le abalanzó y le mordió profundamente en la oreja derecha.

El cachorro lanzó un aullido y echó a correr con toda la rapidez que le permitían sus cortas patas, a lo largo del basurero, con la enorme rata pegada a sus talones.

En un momento dado, al pasar por delante de un montón deapestosas inmundicias, vio con desesperación cómo salían otras ratas que, a su vez, se lanzaban también en su persecución.

Corrió durante un largo rato, como hasta entonces nunca había corrido. Su corazón, chiquitín, martilleaba frenéticamente contra sus costillas.

Sentía que ya no podía más. Entonces vio la boca abierta de una lata grande de conservas, y allá se metió y se echó jadeando.

Las ratas se plantaron en círculo a cierta distancia de la lata de conserva.

La vieja rata se destacó del grupo y se dirigió sin miedo hacia el refugio del cachorro.

Entonces, éste, desesperado, se abalanzó contra la rata con su pequeña boca abierta, como lo hacía cuando jugaba con sus hermanos y hermanas. El sabía que sus dientes minúsculos podían hacer daño,

porque, más de una vez, su madre había tenido que regañarle por apretar demasiado fuerte con ellos en las orejas o en las patas de los otros. Pero ahora, ahora quería hacer daño, vengarse del miedo que tenía y de su oreja atravesada.

Los dientecillos penetraron con fuerza en la pata de la rata que, sorprendida ante aquel ataque, pegó un bote como un resorte y, al saltar, se desgarró la piel de la espalda con el borde cortante de la lata de conservas.

Al ver llegar a su jefe sangrando abundantemente, las otras ratas, prudentes, ensancharon el círculo.

El perrito había retrocedido y las ratas no veían más que sus dos ojillos que brillaban en la oscuridad.

Los roedores parecieron deliberar, y después, de repente, pasaron todos al ataque al mismo tiempo.

Pero en aquel instante se oyeron unos ladridos furiosos; un perro saltó en medio del círculo y, con los dientes y con las patas, arremetió contra las ratas.

Estas, llenas de heridas, tomaron las de Villadiego sin decir ni pío.

El perro continuó un momento con el lomo erizado; de su garganta salía un

gruñido sordo, y miraba en dirección hacia adonde habían huido las ratas.

Luego, los pelos del lomo volvieron a su posición normal, movió dos o tres veces el rabo como si estuviese contento de sí mismo, se sentó y, con su pata trasera, empezó a buscarse una pulga.

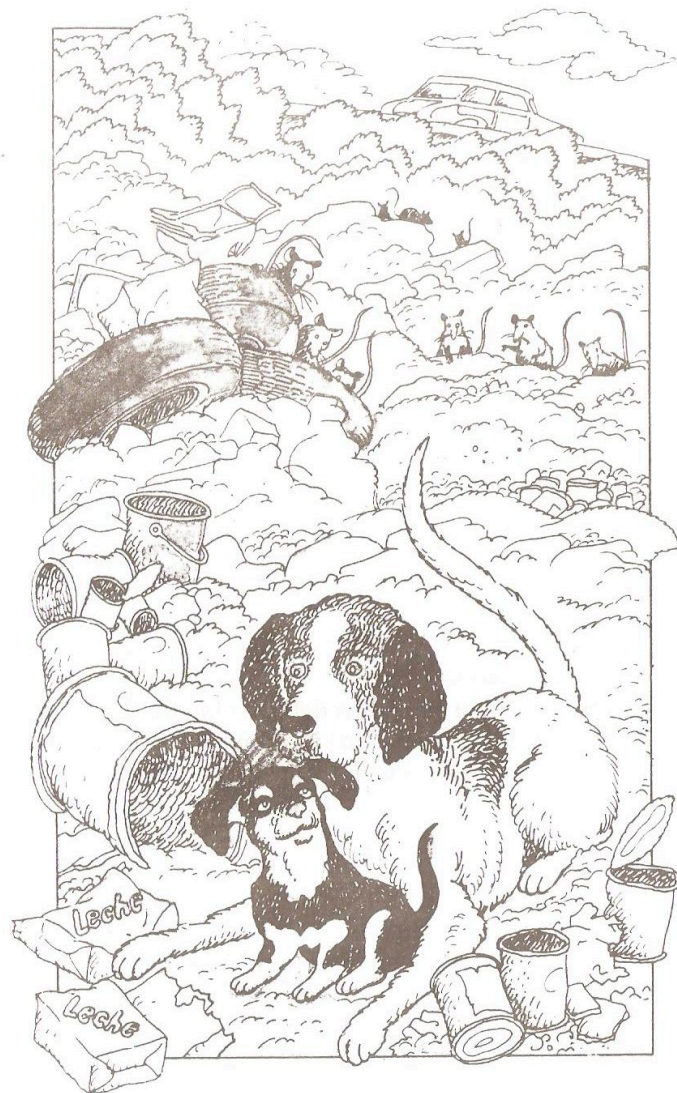
Desde el fondo de su lata, el cachorrillo, lanzó un gemido.

El perro levantó las orejas, atento.

Era un perro de talla media, blanco y canelo, con una cola fina. Su hocico, ligeramente achatado, estaba encuadrado por dos largas, muy largas orejas marrones. Tenía el pelo corto y los flancos delgados. Al descubrir al cachorro, sus morros se levantaron y se arrugaron como si estuviese riéndose, enseñando unos colmillos amarillentos y desgastados. Era un perro viejo, con aire cansado y de mal alimentado.

El cachorrillo gimió más fuerte todavía, avanzando hacia la boca de la lata.

—¿Pero esto qué es? —gruñó el perro viejo acercándose para olerlo—. Así que era contigo con quien se estaban metiendo esas ratas cobardes... ¡Si llego a saberlo, las mato a todas! —y lanzó un sonoro



ladrido en dirección del fondo de aquel basurero.

—A ver, sal, que te vea un poco —dijo luego.

Fiándose de aquel perro que hablaba el lenguaje de su madre, el pequeño se acercó.

—¡Pero si te han herido esos asquerosos! —exclamó el viejo—. Tan cierto como me llamo Pompón que como coja alguna vez a uno de éstos...

No acabó la amenaza, pero lanzó un nuevo ladrido de desafío.

El perrillo, asustado, retrocedió un poco.

—No tengas miedo —le dijo Pompón.

Y, despacito, se puso a lamer la oreja herida del cachorro.

Cuando la herida dejó de sangrar, el perro viejo se tumbó y el pequeño fue y se acostó entre sus patas delanteras, donde le gustaba echarse, en la caja de cartón donde había nacido, entre las patas de su madre, sitio que disputaba con éxito a sus hermanos y hermanas.

—Y a todo esto... ¿qué hacías tú aquí? ¿No podías haberte quedado junto a las tetillas de tu madre? Sí, ya sé, aún eres demasiado pequeño para saber hablar... En todo caso, no ha sido tu madre la que

te ha traído hasta aquí. No, tú hueles a hombre. ¡Como haya sido un hombre el que te ha traído...!

Y una vez más enseñó los dientes y gruñó ferozmente.

—¿O, acaso, has venido solo...? Bueno, da igual, lo que tienes que hacer ahora es volverte a tu casa.

Al oír hablar de su madre, el cachorrillo se había levantado y se había arrimado a la barriga del perro.

—¡Eh, eh! ¿Pero qué estás haciendo...? ¡Que yo no soy tu madre para que mames! Además, soy un perro, no una perra. ¡Chico, para, que me haces cosquillas!

Y riéndose con sus labios contraídos, alejó un poco al perrillo con el hocico.

—¡Hala, vete a tu casa! Me quedaré aquí hasta que te vayas, y mientras yo esté aquí, las ratas no te harán nada.

El perrito le oía, doblada la cabeza con un aire muy cómico.

—¡Hale, largo de aquí, fuera! ¡Vete, vuélvete a casa de tu madre!

Pero como el cachorro no se movía, Pompón sacó su voz gruesa y le ladró.

El perrito, sorprendido, retrocedió al instante, con su pequeño rabo entre las

piernas, y se detuvo un poco más lejos.

—¡Que te vayas! —gruñó una vez más el viejo perro.

El cachorro gimió en voz bajita.

Pompón se puso a reflexionar arrugando la frente y rascándose con una de sus patas traseras.

—Ya... Comprendo —dijo al fin—. Eres un perrillo abandonado. Estás solo. Como yo. Yo te llevaría conmigo, pero es que eres demasiado pequeño. En fin, haremos lo posible por encontrar alguien que se ocupe de ti. ¡Ven!

El cachorro no se movió.

—Te digo que puedes venir conmigo —repitió el viejo perro—. Y antes que nada, ¿cómo te llamas...? Bueno, claro, aún no hablas... Espera... te llamaré... «Cachorrillo-Negro-Encontrado-En-Los-Detritus». Sí señor, ese será tu nombre. Y para que sea más corto, te llamaré «Tritus». ¡Ven acá, Tritus!

Y el viejo perro echó a andar.

Confiado, el cachorro le siguió, pegado a sus talones.

3 *Pompón*

ANDUVIERON largo rato.

Poco a poco el cielo se oscureció y las sombras se hicieron más alargadas. Se levantó viento y el ambiente refrescó algo.

El viejo perro caminaba delante, sin volver la cabeza. A sus espaldas oía el trotecillo ligero del cachorro.

Más tarde, dos o tres veces, le oyó tropezar y caer.

—¿Estás cansado, Tritus? —preguntó deteniéndose—. Sí, ciertamente estás fatigado. Yo, también. Ya no soy joven, ¿sabes?, y mis viejas patas ya no son lo que eran.

Fueron a refugiarse debajo de un matorral. Pompón dio cuatro o cinco vueltas sobre sí mismo antes de acostarse en un lecho de hojas secas, y Tritus le imitó

antes de enroscarse como una bola contra el costado de su amigo.

—Aprendes rápido, ¿eh? —le dijo Pompón riendo—. Ahora, descansemos. Mañana, aún tendremos que andar bastante hasta encontrar un sitio donde te adopten.

El cachorrillo lanzó un gemido de satisfacción, sus párpados guiñaron una o dos veces y se durmió al instante.

—¡Juventud, juventud...! —murmuró el viejo Pompón—. ¡Si yo pudiese dormirme así...! Pero hay demasiadas cosas dentro de mi cabeza...

Y con los ojos abiertos en la oscuridad, sintiendo a su lado la respiración tranquila y reposada del perrillo, el viejo Pompón se puso a pensar en su vida.

De nuevo se veía —¡de eso hacía tiempo, tanto tiempo!— como un joven cachorro tímido, igual que el pequeño Tritus. Luego, joven perro lleno de vida que sólo pensaba en jugar. Veía luego a su amo, que le conducía a su casa atado al extremo de una cuerda, y las buenas raciones de comida que le daba, y las caricias de su mano, suave, sobre su cabeza, y también a su viejo amigo el gato Gruñón, con quien se entendía bien.

Todos esos recuerdos felices le venían a la memoria y, dos o tres veces, no demasiado fuerte para no despertar a Tritus, lanzó unos gemidos suaves al evocarlos.

Pero luego se acababan de golpe los recuerdos felices y acudían a su memoria los malos tiempos. Un día, su amo se acostó y ya no le siguió nunca más, a pesar de que él se le acercaba con la correa en la boca, invitándole a salir de paseo. Su mano era débil, muy débil, cuando la ponía sobre su cabeza.

Y una tarde ya no se movió más. Vinieron hombres vestidos de negro y con un olor muy raro, y metieron a su amo en una caja. Luego, la caja la metieron en un agujero.

Y vino después el nuevo amo, y las patadas, y la comida ruin y escasa, y los gritos continuos.

Y también volvía a ver aquel día en que, medio muerto de hambre, robó de encima de la mesa un trozo de carne; y los ojos asesinos de aquel hombre, y el fusil apuntando hacia él. Y su fuga entonces, adelante, siempre adelante, con toda la rapidez que le permitían sus viejas patas cansadas.

Y su vida errante desde entonces, sin esperanzas, hasta el día en que encontró a Gran-Setter-Marrón.

Gran-Setter-Marrón era un perro que había vivido y viajado mucho. Había vivido con los hombres, pero también había vivido solo. En su cuerpo llevaba cicatrices de palos, cicatrices de golpes con una horca y mordiscos. E incluso, encima del lomo, la larga cicatriz de un disparo que le dieron un día en que se metió demasiado en un coto de caza.

El fue quien le habló de Gran-Lobo-Salvaje.

—Gran-Lobo-Salvaje —le dijo—, es el antepasado de todos nosotros, de todos los perros. Hace tiempo, muchísimo tiempo, todos nosotros éramos lobos, libres, orgullosos. Pero un día nos capturó el hombre y, poco a poco, nos ha ido cambiando para que le sirvamos. Nos ha hecho fieros para que atacemos a otros hombres. Nos ha hecho cazadores para que le demos de comer. Nos ha hecho guardianes para que cuidemos sus rebaños. Nos ha hecho pequeños para que sirvamos de juguete a sus hijos, o de hijos a los hombres y mujeres que no tienen. Pero, en el fondo,

todavía somos lobos libres y fieros, y nuestro antepasado es Gran-Lobo-Salvaje.

—¡Gran-Lobo-Salvaje! —había murmurado Pompón—. Es una bonita leyenda.

—A lo mejor es más que una simple leyenda —había contestado Gran-Setter-Marrón—. Yo he oído decir en mis viajes que Gran-Lobo-Salvaje sigue todavía allá arriba, en los negros bosques de la montaña, allá adonde nunca va el hombre. Allí está todavía, aguardándonos siempre.

Gran-Setter-Marrón se había ido igual que había venido, sin decir ni adiós.

Y con la mayor naturalidad del mundo, como si desde siempre hubiese estado aguardando aquel momento, Pompón había vuelto el hocico hacia el norte y se había lanzado a la búsqueda de Gran-Lobo-Salvaje.

Hacía ya varias semanas que había emprendido su viaje, alimentándose en los enormes montones de basura que los hombres dejan por todas partes, durmiendo dentro de los setos, evitando los pueblos y las casas; hacia el norte, siempre hacia el norte.

Volvió la cabeza para mirar a Tritus con ternura y le pasó despacito la lengua por

el hocico. Entre sueños, el cachorro dio un gemido de felicidad.

—¿Pero qué voy a hacer yo con éste? —se preguntó Pompón—. Es demasiado pequeño para venir conmigo. Además, no puedo perder mucho tiempo en buscarle un refugio. Me siento viejo, sé que ya no me queda mucho tiempo. Y yo quiero ver a Gran-Lobo-Salvaje antes de morir. ¿Qué haré con este perrillo?

Y con esta pregunta, lanzando un profundo suspiro de cansancio, se hundió por fin en el sueño.



4 *Cómo Pompón y Tritus encontraron a Mally-Pop*

AL día siguiente, al despertarse, Tritus empezó a meter su hociquillo por entre los pelos de la barriga de Pompón.

—¡Eh, eh, alto ahí! —gruñó éste—. Ya te dije que no hay nada que mamar. ¡Que soy un perro, hijo, un perro, no una perra!

Tritus se le quedó mirando debajo de su hocico, la cabeza doblada, con aire de estar diciéndole:

—De acuerdo, lo comprendo, no se puede mamar... pero, a pesar de todo, ¡tengo hambre!

El viejo perro se sacudió, se aseó rápidamente a base de unas rápidas lametadas, imitado punto por punto por el pequeño.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Es preciso encontrar algo que comer. Y también tenemos que encontrar un sitio donde dejarte. Compréndelo, lo he pensado bien, realmente no puedes venir conmigo a buscar a Gran-Lobo-Salvaje. Eres demasiado pequeño.

Husmeó el aire, volviendo la cabeza a todos los lados.

—Por allá hay un pueblo —dijo finalmente, señalando en una dirección—. No está del todo en mi itinerario, pero, en fin, quien dice pueblo dice montañas de desperdicios, y cubos de basura, y también gente a quienes les gustan los perrillos.

Así pues, echaron a andar por el carrascal. A su alrededor no había más que hierba pobre, escasa y baja, piedras blancas, olorosas flores, recias matas de tomillo.

Por encima de ellos, el sol iba subiendo a lo largo del cielo azul, calentando más y más.

—El setter me dijo —comentó a media voz el viejo Pompón— que nuestros antepasados los lobos sólo caminaban por la noche, y que durante el día dormían ocultos, igual que todos los demás animales salvajes. Pero que desde que vivimos con

los hombres, hacemos igual que ellos. ¡Somos idiotas!

Finalmente divisaron un poblado. Des-parramándose por la ladera, un rebaño de techos ocre descendía escalonadamente, hasta llegar al verdor de la llanura.

Encontraron un pequeño ribazo que bajaron con precaución. Las piedras rodaban bajo sus patas. Dos o tres veces, Tritus perdió el equilibrio, rodaba unos cuantos metros y siempre acababa, con cara de asombro, detenido por un matorral.

Pompón lo levantaba dándole un empujón con el morro.

De repente, se acabó la pendiente. Había hierba y, más lejos, el gran lecho seco de un río que sólo llevaba entre las arenas un hilillo de agua que corría perezosamente de charco en charco.

Pompón echó a correr seguido por Tritus y empezó a beber a grandes tragos.

Al oír el chasquear de la lengua, Tritus se dijo que allí había algo bueno y acercó el morro a la superficie del agua. Aquello no olía a nada, no tenía aspecto de nada; sobre todo, no se parecía en nada a la leche, tan buena, de su madre. Aspiró por la nariz y retrocedió.

Pompón comprendió que el cachorro nunca había bebido todavía agua. Entonces le pasó varias veces por el morro su lengua húmeda. El perrillo, extrañado al principio, se lamió finalmente el borde del hocico; sintió que estaba fresco y su cuerpecito sediento se estremeció de placer. Intentó entonces mamar en la superficie líquida, pero el agua le entró por las narices. Estornudó.

Pompón se echó a reír.

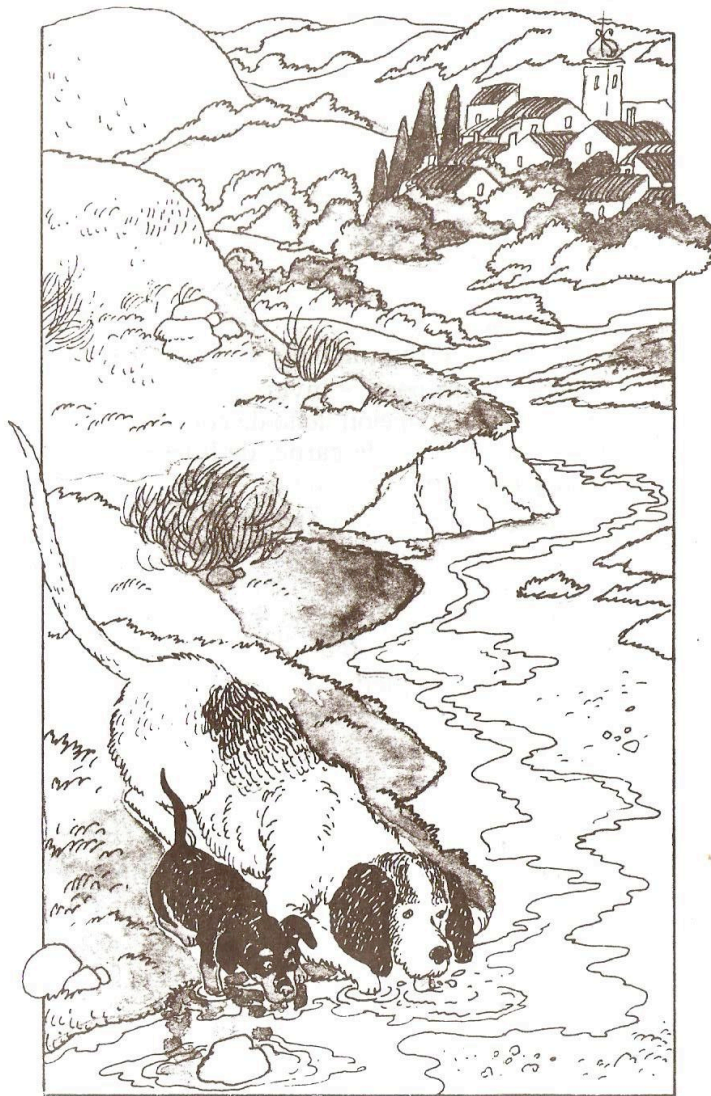
—¡Así no, hijo, así no...! Mira, así...

Le enseñó cómo hacerlo y el cachorro le imitó.

Después de beber hasta hartarse, se dirigieron hacia el pueblo, al que rodearon en busca de alimento.

Guiado por su olfato, Pompón se dirigió a una calle desierta de la que aún no habían retirado la basura. Desgraciadamente, los cubos colgaban de unos ganchos, fuera de su alcance.

Finalmente, un poco más lejos, vieron dos o tres cubos sobre la acera. Pero ya otro perro andaba rebuscando por allí: un cocker marrón de pelo largo, que había desparramado el contenido de uno de los cubos y lo estaba revolviendo tan alegremente.



—¡Hola! —dijo el cocker moviendo amistosamente su pequeño trocito de rabo—. Acercaos sin miedo. Donde come uno, comen tres. Además, si estoy revolviendo los cubos de basura no es porque tenga hambre, sino porque me divierte, y porque está prohibido, y porque me gusta mucho hacer lo que está prohibido.

Se retiró un poco, e invitó a Pompón a servirse de un papelón lleno de cortezas de queso, de recortes de carne, de huesos de pollo y mendrugos de pan.

—¡Hale, amigo, cosa fina!

Fue a rebuscar un poco más lejos y volvió haciendo rodar, con su hocico largo y fino, una lata abierta de leche condensada, hasta donde estaba Tritus.

—¡Venga, pequeño, disfruta! Cuando acabes con ésta, hay más latas.

Pompón y Tritus no se lo hicieron repetir dos veces. Arremetieron el uno contra los restos, el otro contra la lata de leche condensada, y pronto quedaron hartos. El cocker jugueteaba junto a ellos, encantado de verlos comer con tanta satisfacción.

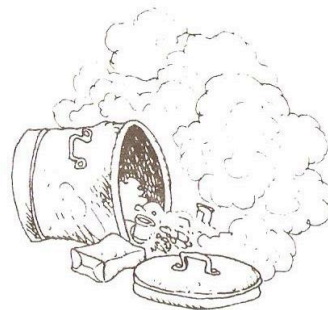
Cuando hubieron acabado, se miraron los tres.

Iba Pompón a dar las gracias al cocker

cuando se oyó el ruido de una puerta que se abría:

—¡Mis cubos de basura! —gritó una estridente voz de mujer.

Los tres perros echaron a correr al mismo tiempo, en medio de una nube de polvo.



5 *Cómo Pompón y Mally-Pop abandonaron a Tritus*

SE fueron, corriendo, a la orilla del río. Empezaron por beber un poco para ayudar a pasar la comida, y luego se instalaron confortablemente a la sombra de un árbol.

—Me llamo Mally-Pop —se presentó el cocker—. Al menos, así es como me llama mi ama. A veces también me llama Pupuche. ¡Pupuche...! ¿Se dan ustedes cuenta? Yo sé muy bien que mi nombre, mi verdadero nombre de perro, es Hermoso-Perro-Marrón-De-Pelo-Largo-Y-De-Largas-Orejas. ¡Pero los hombres son de lo que no hay...!

—Es cierto —afirmó Pompón—, unas veces son simpáticos con nosotros, otras veces son malos.

—Pues yo... mi ama es simpática conmigo —dijo Mally-Pop—. Me acaricia y me besa mucho. Aunque hay veces que me irrita... ¡Me pone nervioso! ¿Ustedes no han notado cómo huelo?

—Sí, claro que lo hemos notado, sólo que no me había atrevido a decir nada. Por educación...

—Bueno, pues ya lo ven ustedes —dijo el cocker con un gesto de asco—. Es una cosa muy rara que saca de una botellita y me la echa por todas partes. ¡Cómo apesta! ¡Es horrible! Un perro tiene que tener olor de perro, ¿no? Por eso, en cuanto puedo, me escapo y me revuelco en los desperdicios. ¡Eso sí que huele bien!

—Es cierto —dijo Pompón—, un perro tiene que oler a perro... Y a propósito de desperdicios, gracias por habernos permitido revolver en sus cubos.

—¡Bah!, no las merece. Yo estoy muy bien alimentado, ¿sabe? Tal vez, incluso, hasta un poco demasiado. Soy un glotón y engordo en seguida. ¡Hasta tengo una escudilla con mi nombre! Lo que me da

rabia es que mi ama me sujeta las orejas con una pinza de tender la ropa, para que no se me metan en la comida. Y mi comida... ¡de mi comida también habría que hablar! Solamente cosas bien machacadas que mi ama saca de un bote. Huesos, nunca. ¡Como si eso me fuese a hacer mal! ¡Como si un buen hueso le hubiese sentado alguna vez mal a un perro!

—¿Y por qué no se escapa usted?

—¡Oh...! Bueno, es que esto también tiene sus ventajas, ¿sabe?...

—¿Qué ventajas?

Mally-Pop reflexionó un instante.

—Hombre... de acuerdo que no todo es agradable, sobre todo cuando me pone un lacito en el collar y me saca a pasear con la correa por la calle, con todos mis amigos y amigas riéndose de mí. ¡Me da una vergüenza...! Pero... a pesar de todo, la quiero mucho... Es cariñosa... Sufriría mucho si me escapase... Y no me gusta hacerle sufrir.

Los dos perros permanecieron un rato en silencio. Junto a ellos, Tritus se divertía girando sobre sí mismo, intentando cogerse el rabo. Al final, acababa tumbándose

de espaldas en el suelo, agitando sus patitas.

—¡Qué rico es! —dijo Mally-Pop—. ¿Es suyo?

Pompón le contó entonces cómo había recogido a Tritus.

—¡Pobre hijo! —dijo Mally-Pop acercándose a olisquear la oreja de Tritus que ya estaba cicatrizando.

—¡Tengo una idea! —dijo de pronto el viejo Pompón, con un «¡Guau!» de alegría—. Si usted quisiera venirse conmigo, podríamos dejar a Tritus con la dueña de usted y así ya no se quedaría triste. Para este pobre pequeño, el viaje resultaría demasiado largo.

Y se puso a contarle al cocker lo que le había dicho el Gran-Setter-Marrón.

—Ya lo creo que me gustaría ir con usted —dijo Mally-Pop—. Y eso, ¿está muy lejos?

—Allá arriba, hacia el norte, en las montañas.

—Las montañas... —dijo Mally-Pop pensativo—. Una vez fui allí con mi ama. Hacía fresco, hacía buen tiempo, todo estaba lleno de olores fuertes y extraños, y yo podía correr, correr por los bosques... Me gustaría volver otra vez allí...

—Pues véngase conmigo —insistió el perro viejo—. Dejemos a Tritus con su ama.

—No sé... No sé... —repetía Mally-Pop un poco triste.

Entonces, una silueta humana se asomó al ribazo.

—¡Mally-Pop! ¡Maaaaaaaallyyyyyyyy...! ¡Ven, Pupuche, lindo! —gritó la voz clara de una joven.

Los perros se escondieron aún más en la sombra.

—¡Ven, Pupuche, guapo, ven corriendo! Que te voy a echar tu rico perfume por tus lindas orejitas...

Mally-Pop se aplastó contra el suelo, como si quisiese penetrar en él.

La voz llamó dos o tres veces más, y finalmente se alejó y ya no se oyó más.

—¡Decidido! —dijo bruscamente Mally-Pop—. Me voy con usted. Ya estoy harto de no oler a perro de verdad.

—De acuerdo —dijo Pompón—, dejaremos a Tritus en su lugar.

Y subieron hacia el pueblo.

—Ahí es, en esa casa vivo —dijo Mally-Pop señalando una casa cubierta de hiedra.

—Escucha, Tritus —dijo Pompón llamando al perrillo—. Aquí es donde vamos

a dejarte. Tendrás una dueña muy simpática, te cuidará mucho, te dará una comida deliciosa...

—Y te echará colonia... —añadió Mally-Pop con un poco de ironía. Luego, en voz baja, añadió:

—Y te hará muchas caricias...

Se le hizo un nudo en la garganta y dos lagrimones le asomaron por el rabillo del ojo. «Los cocker lloran mucho», se dijo Pompón, que ya había conocido unos cuantos a lo largo de su dilatada vida.

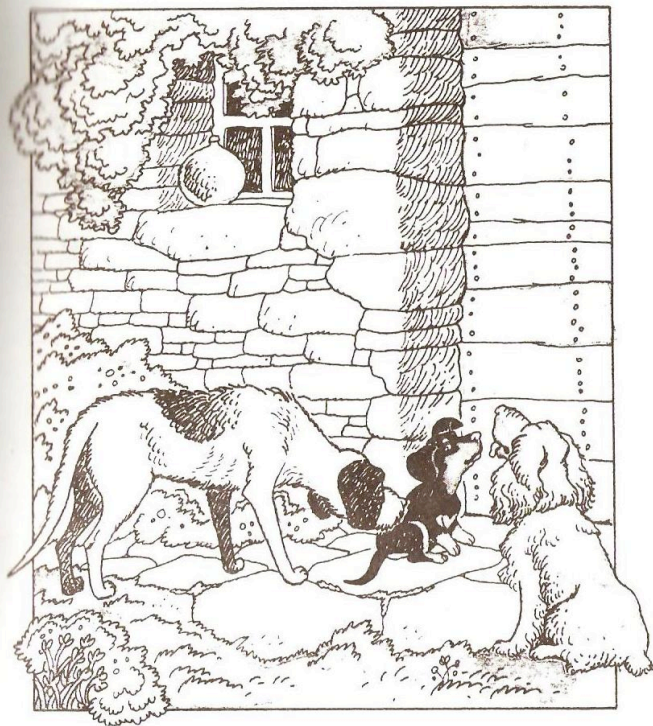
—Yo volveré pronto —dijo Mally-Pop—, es sólo unas vacaciones.

El viejo perro blanco y marrón colocó al cachorro delante mismo de la puerta. Con el hocico le hizo sentarse y, en voz baja, le ordenó que se estuviese quieto.

Luego, se alejó un poco. El cachorro estaba echado delante de la puerta, sin moverse, pero tenía sus dos ojos negros clavados en su viejo amigo.

—No te muevas de ahí, Tritus —dijo Pompón, un poco velada la voz—. Estarás muy bien, muy contento, serás feliz... ¡Ven-ga, Mally-Pop, ahora te toca a ti! —dijo bruscamente, dirigiéndose al cocker.

Mally-Pop se acercó a la puerta y ladró dos veces muy fuerte.



Se abrió una ventana en el piso de arriba de la casa y una voz humana exclamó:

—¡Ah, por fin, ya estás ahí, vagabundo! ¿Dónde te habías metido? Espera, que ahora bajo a abrirte...

Pero los dos perros no aguardaron. En cuanto oyó la voz, Pompón se alejó a todo correr. Y, tras un breve instante de duda, Mally-Pop lo siguió.

Y el uno detrás del otro, recorrieron las calles del pueblo y fueron a esconderse, jadeando, a orillas del riachuelo.

—Descansemos un poco —dijo Pompón—. Echaremos a andar cuando se haga de noche, y haremos como nuestros antepasados los lobos, como Gran-Lobo-Salvaje: caminaremos bajo las estrellas, cuando los hombres y los otros perros estén durmiendo.

—Y así tendremos menos calor —resopló Mally-Pop sacudiendo su espesa pelambrea dorada.

—¡Cuidado! —dijo Pompón—. He oído un ruido.

Allá arriba, por lo alto del ribazo, se oía el ruido de la hierba al ser pisada y unos pasitos ligeros. Los dos perros se aplastaron contra el suelo, tiasas las orejas, olfateando la brisa con el morro levantado.

Y luego se oyó una vocecilla torpona, mitad ladrido, mitad gemido:

—Pom...pón... Pom...pón...

El viejo perro lanzó un «¡Guau!» de sorpresa, y los gemidos se cambiaron de repente en unos grititos alegres, y una forma oscura bajó rodando el ribazo hasta pararse justo ante sus patas.

—¡Es Tritus! —exclamó Mally-Pop sorprendido—. ¡Nos ha seguido el rastro! ¿Se da usted cuenta?

—Está muy despabilado para su edad —dijo Pompón lamiendo alegremente al cachorro.

6 *Cómo Pompón, Mally-Pop y Tritus se encontraron con Nenúfar*

LOS tres perros caminaron durante varios días. Pompón, a la cabeza del grupo, avanzaba siempre con el mismo paso decidido, el hocico orientado hacia el norte. Después venía Mally-Pop, que se apartaba frecuentemente del camino para ir a olisquear el tronco de un árbol o lanzarse en persecución de las mariposas; por último venía Tritus, que trotaba animosamente.

Los dos mayores se detenían a menudo para que el pequeño pudiese descansar, pero de día en día iba creciendo y se endurecían sus músculos. Ya no era aquel

cachorrillo asustado que Pompón había encontrado en un basurero.

Comían lo que podían, por el camino: restos de comida abandonados por excursionistas poco cuidadosos, o cadáveres de conejos aplastados bajo las ruedas de los automóviles.

Mally-Pop ya no olía a perfume; había vuelto a encontrar un verdadero olor a perro, un olor fuerte, áspero, del que estaba muy orgulloso. Su pelo, sedoso antes y bien peinado, se enredaba ahora en mechones llenos de hierbas o de semillas erizadas de pinchos. Había perdido peso y sus formas ya no eran tan redondas. Pero había ganado fuerza y ya no se veía obligado, como al principio, a suplicarle al viejo perro, a cada paso, que le aguardase.

UN DIA, cuando caía la tarde y ellos acababan de meterse por un camino que llevaba hasta unas colinas, Pompón divisó de pronto un perro enorme que parecía estar esperándolos, justo en medio de la carretera.

Pompón se detuvo, olfateó el aire que venía del desconocido y en él notó olores de cólera. Detrás de él, Mally-Pop, que aún no se había dado cuenta de nada, husmeaba en un matorral. Más atrás, Tritus subía aún la cuesta.

La garganta de Pompón dejó escapar un gruñido de advertencia.

Las ramas del arbusto de Mally-Pop dejaron de moverse y apareció la cabeza del cocker.

Inquieto, Tritus fue a pegarse a Pompón, gimiendo.

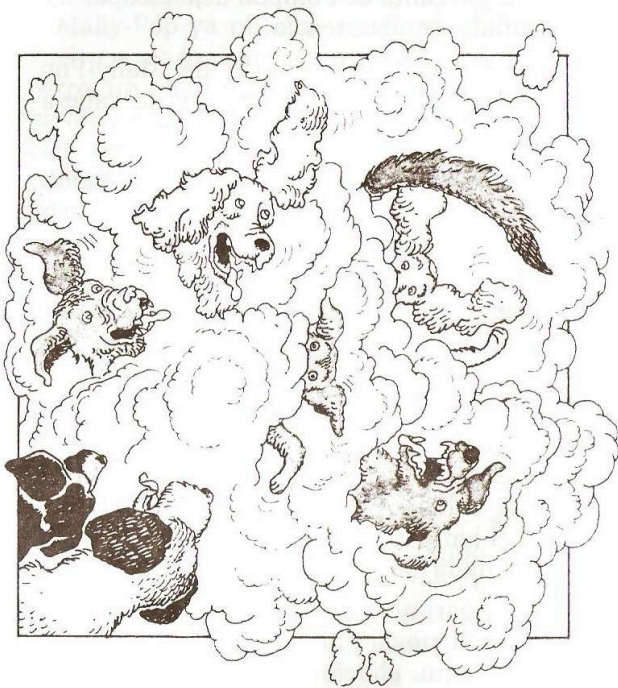
A pasos cortos, tensas las patas, erizado el lomo, con un gruñido en el fondo de la garganta, tiesa la cola, el perrazo se acercó al viejo Pompón. Dio dos o tres vueltas a su alrededor, lo olió desde todos los ángulos y olió también al aterrorizado cachorro.

Era un perro muy grande, un animal espléndido, lleno de fuerza, aleonado el pelo, el hocico alargado, el pecho poderoso, el lomo fuerte y ancho, la cola peluda, levantada hacia arriba como una trompeta.

—Apártate, viejo —dijo a Pompón que, inmóvil, movía suavemente la cola—. Largo de aquí, abuelo —repitió el perrazo—.

Vete con tu cachorro. Contra vosotros no tengo nada.

Volvió lentamente la cabeza hacia Mally-Pop, que ya había salido completamente del matorral.



—¡Vaya! ¡Pero si es un perro de raza! —dijo irónico—. ¡Un lindo perrito de su mamaíta...! ¿Qué haces tú aquí, engendro?

—¿Y a ti que te importa? —replicó Mally-Pop, que no estaba asustado ni mucho menos. También él estaba tenso y tenía erizados los pelos del lomo.

—¿Que qué me importa? —rugió el otro—. ¡Estás en mi territorio! ¿Es que no has olido mis señales?

—¡Yo no he olido nada! —dijo el cocker.

—Porque ya no tienes ni olfato —dijo despectivo el perrazo rojo—. Te han educado demasiado los hombres. El olfato lo perdiste con tantos olores embotellados como te han echado por la piel. ¡Cómo apesta! ¡Con esos pelos que te cuelgan, pareces un erizo enfermo!

Al oír ese insulto, Mally-Pop se puso tieso —¡odiaba tanto a los erizos!— y, gruñendo, dio un paso adelante.

Eso era lo que estaba esperando el perrazo rojo; saltó contra el cocker.

Pompón hizo un gesto como para acudir en ayuda de su amigo, pero tenía suficiente experiencia de combates como para quedarse al margen. Aquel era un asunto entre el cocker y el desconocido.

Pero Tritus no conocía aún las reglas del juego y se tiró a la pata del perro rojo. Menos mal que Pompón lo agarró al vuelo y lo apartó rápidamente de aquel torbellino.

Durante largo tiempo no se pudo distinguir nada en aquella nube de polvo levantada por los dos combatientes. A veces se veía una pata, el brillar de unos dientes, un trozo de piel. De aquel remolino salía un tumulto de ladridos, de gemidos, de gritos roncós e inarticulados.

Tritus ladraba hasta desgañitarse, con su vocecita. Pompón, tranquilo, observaba la refriega rascándose las orejas con las uñas gastadas de sus patas traseras.

Y de pronto, todo se despejó. Mally-Pop estaba en el suelo, de espaldas, abierta la boca, los colmillos fuera, frente a los colmillos del perrazo rojo, que estaba encima de él, a unos centímetros. Aquel enorme perro tenía al cocker agarrado fuertemente entre sus dos patas delanteras, rígidas.

Dos o tres veces, el perro rojo hizo ademán de atacar al cocker en la garganta y, poco a poco, comprendiendo que el otro era más fuerte que él, Mally-Pop fue ocultando los colmillos, y finalmente se estiró hacia atrás ofreciendo su frágil garganta,

reconociendo así la victoria de su adversario. Y, siempre de espaldas como estaba, agitó tímidamente su corto rabillo.

El perrazo rojo permaneció unos instantes inmóvil, rígido, con las patas tiesas. Luego, su pelo dejó de estar erizado, sus colmillos desaparecieron, y acabó por retirarse, moviendo también él la cola.

—¡Bravo! —dijo Pompón—. ¡Qué pelea más bonita! Ya hacía tiempo que no veía una igual. Te has defendido muy bien, Mally-Pop, no hubiese creído yo que te defendieses tan bien —le dijo al cocker que, sentado en el polvo, se lamía el costado.

—Es cierto —reconoció el perrazo—. Se ha batido muy bien.

—No estarás herido, ¿eh, Mally-Pop? —preguntó inquieto Pompón.

—No, no tiene nada —intervino el perro rojo—. Sé batirme correctamente y nunca he herido a un adversario en un duelo leal.

También él se lamió; luego dijo:

—Pero, ¿qué hacéis aquí, en mi territorio? ¿De verdad que no habíais olido mis señales?

—De verdad que no —dijo Mally-Pop—. Seguramente estaríamos distraídos.

—Entonces es que las he hecho mal. O que la lluvia de esta mañana las ha borrado.

Fue entonces a olfatear en dos o tres arbustos, levantó la pata delante de cada uno, olfateó de nuevo.

—Ya está —dijo—, ahora ya huelen.

—Tan sólo íbamos de paso —dijo Pompón—. Nos dirigimos a la montaña, a la búsqueda del antepasado de todos nosotros, Gran-Lobo-Salvaje, que aún vive allá, en los bosques.

—¡Ja, ja, ja! —soltó la carcajada el perrazo rojo—. ¡Esta sí que es buena! ¡Menuda historia! ¡Tan cierto como me llamo Nenúfar, que nunca he oído cosa igual!

—¿Perdón? —dijeron a la vez Pompón y Mally-Pop.

—¿Perdón de qué?

—Su nombre... Que cómo se llama usted —dijo Mally-Pop.

—Nenúfar... Sí, ya sé, eso suena a ridículo, pero así me puso mi hombre. O «Nenu», para hacerlo más corto. Pero mi verdadero nombre de perro es Gran-Perro-Rojo-Muy-Fuerte-Y-Muy-Peleón.

—Yo me llamo Pompón.

—Y yo Mally-Pop.

—Y yo soy Titu —dijo el cachorro.

Los otros tres acogieron aquella afirmación con unos grandes ladridos de risa. Humillado, el cachorrillo fue a refugiarse entre las patas de Pompón, que lo recibió con un lametazo indulgente.

—Así pues, según me han dicho, van ustedes en busca de Gran-Lobo-Salvaje —dijo Nenúfar— ¡Esto sí que tiene gracia! Amigos, ustedes no tienen ni idea. ¡Gran-Lobo-Salvaje no existe! El antepasado de todos nosotros, los perros, es Gran-Perro-Amarillo.

7 *Cómo Nenúfar y Loa se unieron al grupo*

EL antepasado de todos nosotros —repi-
tió Nenúfar —es Gran-Perro-Amarillo.

—¿Y eso, tú cómo lo sabes?

—Porque es lo que siempre he oído decir. Cuando nos dejen en libertad y cuando mezclemos todas las razas que hoy somos y que han sido fabricadas por el hombre, la mezcla de todos nuestros hijos no va a ser el Lobo, sino el Gran-Perro-Amarillo. Como debió de ser nuestro antepasado. Un perro grande, poderoso, con la cola levantada como una trompeta, vivo, inteligente. Algo así como yo. ¡Mirad!

Se irguió todo lo alto que era, y los otros no tuvieron más remedio que admirarlo, aureolado como estaba por el sol poniente.

—Aunque, sin embargo, yo no soy Gran-Perro-Amarillo. No lo soy, no... Todavía no. Pero acaso los hijos de mis hijos lo sean.

—Yo, yo creo en Gran-Lobo-Salvaje y lo encontraré —dijo Pompón.

—¡Que estás chocheando, abuelo, que no sabes lo que dices!

—Sí, lo sé, Gran-Setter-Amarillo me lo dijo. Y él es, por lo menos, tan listo como tú. Tú puedes hacer lo que quieras —le dijo a Mally-Pop—, o quedarte o volverte a tu casa. Yo seguiré mi camino.

Y echó a andar hacia el norte, sin mirar atrás a ver si los otros le seguían.

Tritus corrió tras él.

Mally-Pop estuvo dudando un momento, pero luego le lanzó a Nenúfar un ladrido de despedida y se puso en camino.

—¡No sois más que un atajo de tontos! ¡Los tres! —ladró Nenúfar—. ¡Venid acá, volved! No vais a marcharos así, sin comer. ¡Volved, os invito a comer!

Al oír eso, Mally-Pop volvió la cabeza y regresó agitándose nervioso.

—¡Ven acá, viejo loco! —gritó Nenu a Pompón.

Y como éste no se detuviese, echó a

correr y, con unas cuantas zancadas ágiles y rápidas, le cerró el paso.

—Déjame pasar —gruñó Pompón—. Voy en busca de Gran-Lobo-Salvaje.

—¡Vamo buscá Gan-Obo-Sabaje! —aseguró Tritus.

—Está bien, de acuerdo —dijo Nenu en tono conciliador—. Pero antes de continuar el viaje, venid a descansar un poco y a comer un bocado, os lo ofrezco de todo corazón.

El viejo perro dudó, pero luego, al final, movió la cola en señal de aceptar, siendo imitado inmediatamente por Tritus.

El gran perro rojo los condujo fuera del camino, por un laberinto de maleza espesa y de nudosos troncos de árboles. Al llegar al borde de un pequeño claro, se quedó inmóvil y lanzó dos ladridos cortos.

Del otro lado del claro, una voz le respondió.

—No tengáis miedo —dijo Nenu a sus invitados—. Es Loa, mi esposa. Es una perra joven que recogí hace algún tiempo. Perdió a sus amos por correr detrás de los pájaros. Le encanta perseguir a los pájaros, aunque nunca atrapa ninguno.

Loa vino a su encuentro. Era una perri-

ta fina y viva, de pelo mezclado, a la vez rojo y plateado.

Empezó por olfatear a su compañero, le pasó luego delicadamente la lengua por el morro y terminó por mordisquearle una oreja. Después, saludó debidamente a Pom-pón, oliéndolo por delante, oliéndolo por detrás, y finalmente miró atentamente a Mally-Pop antes de dirigirse hacia él agitando nerviosa el trasero.

—¡Ojo! —gruñó Nenu dirigiéndose al cocker—. Nada de familiaridades, es mi esposa.

—Ya lo sé —dijo Mally-Pop dirigiendo un saludo lejano y afectado a la perrita.

Esta se detuvo al final delante de Tritus, con cara de asombro.

—¿Qué es esto? —exclamó riéndose.

—«Esto» é Titu —ladró el cachorro enfadado.

—¡Qué divertido es! —dijo ella, y se puso a correr a su alrededor a toda velocidad. Luego, dirigiéndose de repente hacia él, de un empujón con el hocico lo hizo rodar por la hierba.

El perrillo comprendió que era un juego y pronto el claro del bosque retumbó con el ruido de sus diversiones.



—Ahí está —dijo Nenu con un movimiento de cabeza de gran señor, señalando hacia el oloroso cadáver de un cordero, ya medio devorado, casi oculto por las ramas bajas de un árbol.

Los otros no se lo hicieron repetir dos veces y se precipitaron hacia la carnaza, seguidos al instante por Tritus que, hambriento, había abandonado el juego, con gran desesperación de Loa.

Después que se hubieron saciado, se tumbaron en círculo alrededor del perrazo rojo. Tritus, con la barriguilla inflada, enseñó sus pequeños colmillos blancos y puntiagudos a la perra, que le molestaba para que siguiesen jugando, y se durmió reclinado en su gran amigo Pompón. Loa fue a tumbarse un poco más lejos, con la cabeza puesta sobre las patas, la mirada brillante, atentas las orejas.

—Respecto a lo de su Gran-Lobo-Salvaje... —dijo Nenu.

—No hablemos más de eso —gruñó Pompón.

—De acuerdo, no hablemos más. Simplemente yo quería decir que me habían entrado ganas de ir con ustedes. No es que yo crea en su historia, sólo que no me

gusta quedarme mucho tiempo en el mismo sitio. Y ya llevamos aquí varios días Loa y yo; desde que encontramos este cordero muerto.

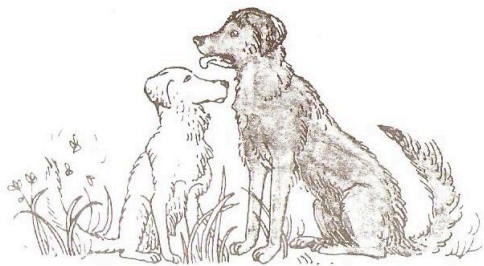
—Entonces, ¿no lo mató usted? —preguntó Mally-Pop.

El perrazo se estremeció.

—¡No! —dijo con una voz sorda—. No, ha debido de morirse él solo, o sufriría algún accidente y el pastor no lo encontraría. No, no lo he matado yo. Yo he sido perro pastor y el hombre me prohibía siempre hacerles daño.

—¿Ya no es usted perro pastor?

—No. Un día, fueron unos hombres y se llevaron el rebaño. Mi amo me llevó a otro pastor, pero yo me escapé para buscarle...



Quería mucho a mi amo... Y desde entonces viví solo, hasta que encontré a Loa.

Y dirigió un ladrido cariñoso a su perra. Loa hizo volar las hierbas al agitar el rabo.

—Ustedes deberían descansar algún tiempo —continuó el perrazo—. Aunque sólo fuese el tiempo de acabar este cadáver. Así estarían más en forma para reanudar el viaje.

8 *Vicky*

ALGUNOS días más tarde, después de haber acabado Tritus el último trocito de carne y cuando ya no quedaba de la oveja más que algunos huesos, blancos y bien roídos, esparcidos por el claro, los perros reanudaron el camino.

Un poco adelantado al grupo, Nenúfar abría la marcha. De vez en cuando se detenía para olfatear el viento. En ocasiones, se alejaba algo para hacer un reconocimiento.

Detrás, un poco más lejos, venían Pompón, Tritus y Loa. A veces, la perra intentaba aproximarse a Nenu, pero el perrazo marrón le hacía volverse a su sitio de un gruñido.

Pompón avanzaba siempre al mismo paso, sin mirar a los lados del camino,

firme en su decisión de encontrar a Gran-Lobo-Salvaje.

Tritus caminaba junto a las patas del viejo perro, pero a veces, de repente, sin motivo aparente, por jugar, se ponía a correr de un lado a otro del camino.

En retaguardia, convencido de lo importante de su misión, iba Mally-Pop.

Caminaban en silencio y sus raras pausas eran también silenciosas. Entonces, se tumbaban los unos contra los otros.

Un poco separado, con la cabeza erguida, Nenúfar vigilaba los alrededores.

Una noche en que reposaban así, a unos pasos del sendero, antes de reemprender su marcha, Nenúfar levantó de repente las orejas, en actitud de alerta. Los otros se quedaron igualmente inmóviles.

Al acercarse al sendero, oyeron unos sollozos, unos lloros de perro.

Poco después vieron aparecer en la penumbra una silueta maciza.

Los pelos de Nenu se erizaron y el perro enseñó los colmillos. Pero cuando el animal llegó a su altura, Nenu se calmó súbitamente y saltó muy ágil al sendero, frotando enérgicamente el aire con el plumero de su cola.

El animal, espantado, pegó un salto hacia atrás y se echó en la hierba, temblando.

Nenu fue y lo olió, y entonces tuvo la confirmación de lo que ya había sospechado: aquel perro desconocido era... una perra.

Tenía ésta un pelo demasiado corto, un hocico negro tan chato que parecía como si no tuviese. De su cabeza, redonda, salían dos orejillas puntiagudas y triangulares; la izquierda, plegada, le daba continuamente un aire interrogante. Sus formas redondas acababan en una pizca de rabo.

—¡Hola! —dijo Nenu.

—¡Hola! —murmuró la perra, que se puso a temblar al ver cómo los otros perros se acercaban para olerla.

Solamente Loa permanecía al margen, con los pelos erizados, gruñendo.

—¿Qué hace usted aquí, llorando sola por los caminos? —preguntó Nenu.

La perra empezó de nuevo a gemir.

—¡Vaya llorica! —ladró Loa con desprecio.

—¡A ti nadie te ha preguntado nada! —le contestó Nenu. Se volvió hacia la otra perra y prosiguió—: ¡Venga, cuéntenoslo...!

—Me he perdido... —dijo la perra llorando.

Los otros perros ladraron a carcajadas.

—¡También nosotros estamos perdidos!
—dijo Mally-Pop—. Todos nosotros somos
perros perdidos. Y nadie llora por eso.
Excepto Tritus.

Enfadado, el cachorro le dio un ladrido.

—Sí, pero es que yo... lo mío no es igual
—dijo la perra—. Yo no soy una perra de
campo, yo soy de ciudad, ¿entienden? Por
eso... ¡tengo miedo!

—No tiene por qué tener miedo —dijo
Nenu—. Para eso estoy aquí yo.

—Para eso estamos aquí *nosotros* —rec-
tificó Mally-Pop.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Nenu.

—Vicky —respondió la perra.

—¿Eso es todo? ¿Vicky a secas? ¿No
tienes un verdadero nombre de perro?

—No, ni siquiera sabía que existiesen...

Los otros perros se presentaron. Menos
Loa.

—En fin... ya ustedes me comprenderán,
¿no? Yo no alterno mucho con otros perros.
A mis amos no les gusta. Es que, la
verdad, hay algunos más mal educados...

Hasta me ladran cuando voy por la calle
con mi correa.

—¡Seguro que Nenu no haría tal cosa!

—dijo burlona, a media voz, Mally-Pop.

—Habíamos venido a dar un paseo en



coche para tomar un poco el aire y estirar las piernas —prosiguió Vicky— De pronto vi un gato.. Debo aclararles que a mí no me gustan los gatos. Corrí y corri, y cuando perdí de vista al gato ya estaba oscuro, y yo estaba sola, y no sabía dónde estaba...

Y empezó de nuevo a lloriquear.

—¡Ya está bien, para ya! —gruñó Loa— ¡Que nos estás hartando con tantas lamentaciones!

Vicky se irguió y le faltó poco para tirarse contra Loa.

—¡Paz! —ordenó Nenu poniéndose entre las dos perras— Aquí mando yo y no quiero peleas.

Las dos perras se calmaron, aunque sin cesar de echarse unas miradas furiosas.

—¿Por qué tienes así las orejas? —preguntó Mally-Pop.

—Me las recortaron cuando yo era pequeña.

—¿Y también el rabo? —preguntó el cocker

—Sí, es para que haga más bonito. Es lindo, ¿verdad? —preguntó Vicky a Nenu y a Mally-Pop, moviendo nerviosa los cuartos traseros.

—¡Puaf! —dijo Loa.

—¡Pero eso es horrible! —gritó Mally-Pop—. ¡Tus amos deben de ser malísimos!

—Los hombres están locos —dijo Pompón.

—¡No señor! Mis amos son muy simpáticos. Me gustaría encontrarlos. ¡Ay! ¡Cuánto me gustaría encontrarlos...!

—¡Esta también está loca! —dijo Pompón—. ¿Pues no que los hombres le han cortado las orejas y el rabo, y encima quiere volverse con ellos?

—¡Pero es que los quiero! —aseguró Vicky con un sollozo—. Y ellos también me quieren. No me tienen más que a mí. Antes había niños en la casa, pero ahora ya no estamos más que los tres. Yo tengo que ocuparme de mis amos, ese es mi oficio, para eso es por lo que yo existo. ¡Ay! ¡Si no hubiese echado a correr detrás de aquel horrible gato!

—¡Está loca! —repitió Pompón.

—No... sé —dijo en voz baja Mally-Pop, que de repente se había acordado de su ama.

—Te quedarás con nosotros —le dijo Nenu— e iremos en busca de Gran-Lobo-Salvaje.

—¡A la porra su Gran-Lobo-Salvaje!
—dijo Vicky—. ¡Yo quiero irme con mis
amos!

—Pero si aquí te querremos mucho...
Acabarás por olvidarlos —dijo Nenu.

—No creo —dijo la perra bóxer—. No
creo.

EL GRUPO empezó a caminar, engrosado
con Vicky, que marchaba tristemente al
lado de Pompón. Tritus, con sus cabriolas,
hacía por alegrarla.

Al cabo de una hora llegaron a una
carretera y empezaron a cruzarla.

De repente, apareciendo tras una curva,
surgió el ruido de un motor y todos se
quedaron paralizados por un haz de luz
brillante.

Los faros se detuvieron a unos pocos
metros de los perros y se oyó un grito muy
fuerte de mujer:

—¡Vicky! ¡Eres tú, hijita! ¡Ven acá, mi
niña! ¿Qué haces tú ahí con esos gamberros

de perros vagabundos? ¡Ven, querida, hija
mía!

Sin una mirada a los otros perros, Vicky
saltó al coche. No hacía más que ladrar de
alegría.

Los faros se alejaron. Liberados de su
parálisis, los perros se precipitaron a la
cuneta.

9 *La caza de Mally-Pop*

LLEGAMOS ya a la montaña? —preguntaba Pompón a Nenu.

—No —respondía el perrazo—. Yo conozco muy bien esta región, aquí veníamos a guardar nuestros rebaños. Primero llegaremos a una llanura. La montaña está más lejos.

Llegados a la llanura, seca, árida, pedregosa y salvaje, no encontraron nada que comer.

Allí no había aldeas, ni basureros, ni carreteras, ni animales muertos en ellas, aplastados bajo las ruedas de los automóviles.

Caminaron durante dos días, dirigidos por el perro marrón que los conducía adonde había agua.

A la tarde del tercer día, cuando llegó el momento de reanudar la marcha, Loa continuó tumbada en el suelo, con la lengua fuera.

—Yo ya no sigo más —dijo, gimiendo en voz baja—. ¡Al diablo Gran-Lobo-Salvaje! Ustedes están locos... Me estoy muriendo de hambre y ya no puedo ni dar un paso.

—Yo *tapoco* —se quejó Tritus.

Nenu vino, los olfateó, y pasó su lengua por el hocico seco de Loa. Como la perra no reaccionase, intentó moverla empujándola por la espalda; luego, empezó a gruñir:

—¡Levántate, vámonos!

La perra no obedeció. Sé limitó a mirarlo en silencio con sus grandes ojos tristes.

—Estamos todos demasiado hambrientos —dijo Mally-Pop—. Como no comamos, no llegaremos muy lejos.

Se llevó a Nenufar un poco aparte.

—Fíjate en el viejo Pompón. No dice nada. No se mueve. Está decidido a seguir, pero estoy seguro de que, como no coma, se morirá en seguida. Sin haber visto a Gran-Lobo-Salvaje.

—¡Gran-Lobo-Salvaje no existe! —gruñó Nenu.

—¡Y qué más da! —dijo el cocker—. El

creé que sí existe, y tenemos que ayudarle.

—¿Pero cómo?

—¡Cazando!

—¿Cazando? —dijo Nenufar—. ¿Y cómo? Yo nunca he sido más que un perro pastor. Nunca aprendí a cazar. Al contrario, me castigaban cada vez que dejaba las ovejas para echar a correr detrás de un conejo o una liebre. Y tú... perrito mono... ricura... encanto... ¡tú no me irás a decir que sabes cazar!

—Yo podré ser una monada y una ricura —dijo Mally-Pop—, pero nunca abandono a mis amigos. Además, tengo muy buen olfato. Y he hablado mucho de caza con mis amigos, en particular con mi amigo Nadau, un cocker negro que es un verdadero campeón.

—Vale, vale —dijo Nenu asombrado por la seguridad y aplomo de Mally-Pop—. Pero, ¿cómo vamos a hacer?

—Tú quédate aquí, puesto que no sabes cazar —dijo el cocker con una pizca de desprecio—. Quédate aquí, oculto bajo ese arbusto, ten los ojos bien abiertos. Ya me ocupo yo de ello.

Subyugado, el perrazo color marrón fue a echarse a la sombra de un enebro.

En silencio, pegada la nariz al suelo, el cocker comenzó a caminar describiendo círculos cada vez más grandes alrededor del lugar donde reposaba el grupo de perros.

Su nariz captaba, de vez en cuando débiles olores de animales vivos, pero demasiado tenues o demasiado antiguos. No le interesaban.

Buscó durante largo tiempo, y ya se disponía, por fin, a abandonar, humillado por volver adonde Nenu con las manos vacías, cuando, de repente, palpitaron las aletas de su nariz. Entre dos matas de tomillo, un olor fuerte acababa de hacerle cosquillas en el hocico. Era un olor áspero a hierbas pisoteadas, a piel de animal, a orina ácida; un olor que le hizo estremecerse de los pies a la cabeza.

—¡Diablos! —se dijo—. Ahora es cuando necesito recordar las lecciones de mi amigo Nadau, el as de los cazadores.

Siguió el rastro de aquel olor, vio dos pelos grises en una espina de una zarza. La pista era fresca.

De repente, el cocker dorado se quedó inmóvil, completamente inmóvil, con una pata replegada. Debajo de un matorral

estaba acurrucada una enorme liebre marrón, con sus ojos redondos clavados en él.

Los pensamientos se entrecruzaban a gran velocidad por la cabeza del perro.

—¡Cuidado! ¡Está ahí! ¡Me ha visto! ¿Qué tengo que hacer ahora? Nadau decía que él se quedaba así, quieto, hasta que llegase su amo con el fusil, pero yo no tengo amo ni tampoco fusil... Es mejor que haga ahora lo que me decía Taió, el perro vagabundo.

Sin previo aviso, se abalanzó hacia adelante dando un ladrido.

La liebre pegó un brinco prodigioso y echó a correr con toda la fuerza de sus cuatro patas, como un resorte. El cocker arrancó tras ella.

La liebre corrió durante largo tiempo. Iba mucho más deprisa que el perro, pero cada vez que creía haberlo despistado y empezaba a descansar, con sus flancos agitándose frenéticamente, volvía a oír a poca distancia la voz clara del cocker que seguía sus huellas.

En varias ocasiones, la liebre intentó hacerle perder la pista. Iba hacia un lado, recorría varios metros, volvía atrás, cami-

naba en otra dirección, repetía varias veces la misma operación. Luego, pegando unos grandes brincos, saltaba por encima de las piedras, tocándolas solamente con la punta de sus patas.

Pero Mally-Pop no se dejaba engañar por las numerosas pistas falsas. Daba vueltas en círculos cada vez más anchos y, cuando estaba seguro de haber vuelto a encontrar el buen camino, echaba a correr, pegada la nariz al suelo, aspirando con todas sus fuerzas las menores partículas de olor de su presa.

Y, poco a poco, después de una larga persecución por la llanura, Mally-Pop obligó a la liebre, fatigada y angustiada, a volver a su punto de partida.

Por unos instantes, la liebre se creyó a salvo. En su cabecita, loca de miedo y de fatiga, veía ya la imagen de un tronco de árbol hueco que varias veces le había permitido escapar, ocultándose en él, de los zorros o de los cazadores.

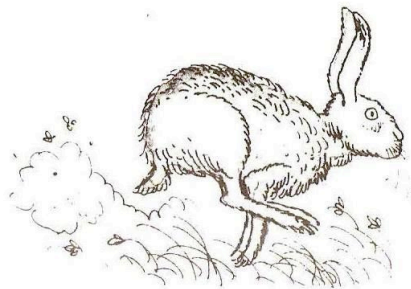
Hizo acopio de sus últimas fuerzas y enfiló por entre unos enebros.

Como un rayo, Nenúfar, que desde hacía un rato había oído acercarse la caza y que estaba preparado, alerta los cinco

sentidos, cayó sobre ella y le partió el espinazo de una sola dentellada con sus poderosas mandíbulas.

DESPUES de que todos se hubieron hartado, Nenu se volvió hacia Mally-Pop y dijo:
—Nunca más volveré a llamarte *perrito lindo*.

—Gracias —dijo el cocker.



10 *Cómo cayó prisionero Mally-Pop*

PROSIGUIERON su camino y, finalmente, llegaron al borde de la meseta.

Al otro lado de un valle estrecho, excavado como una garganta, aparecían los primeros contrafuertes de la montaña, cuyas cimas se difuminaban en medio de la bruma.

Pompón se detuvo y, sentándose, contempló el paisaje.

—Gran-Lobo-Salvaje está allí. Lo sé. Lo presiento.

Fueron bajando con cuidado las abruptas laderas de la meseta. De vez en cuando, Nenu tenía que agarrar al cachorro por la piel del cuello, para ayudarlo a salvar algunos sitios más difíciles.

Cuando llegaron al fondo del valle, todos se precipitaron hacia el río. ¡Por fin tenían agua buena, fresca, pura, después de la de las charcas de la meseta, más o menos corrompida!

Sintieron renacer sus fuerzas y, alegres, Loa, Tritus y Mally-Pop empezaron una serie de carreras y peleas, pero jugando, en plan de broma.

—Deberíamos descansar aquí varios días —dijo Nenu a Pompón—. Tenemos agua, un camino que no pasa muy lejos, y estoy oliendo a pueblo.

—Hagan como quieran —dijo el viejo perro—. Yo voy a continuar. Siento una cosa helada dentro de mí que me dice que me queda poco tiempo. Quédense aquí, ya no estoy lejos de la montaña ni de Gran-Lobo-Salvaje.

—No —respondió el gran perro marrón—. No te abandonaremos. Sin embargo, antes de cruzar el río y de subir por la otra ladera tenemos que encontrar algo que comer. Ya hace dos días que Mally-Pop no ha cazado nada. Porque no ha tenido suerte, claro, porque es un gran cazador.

El cocker agradeció el cumplido.

—Gracias, Nenu —dijo—. Pero aquí es

posible que tenga más suerte. Ven conmigo y te enseñaré. Como tú corres más que yo, seguramente podrás cazar algún conejo o alguna liebre a la carrera, después que yo te levante la caza.

Y se fueron los dos a lo largo de un seto. Mally-Pop husmeaba el suelo como un experto.

—¿Ves? —le decía a su amigo—. Este es un rastro viejo de conejo, no merece la pena seguirlo... Ahí se detuvo una perdiz para comer en ese hormiguero... ¡Hombre, esto ya está mejor! Es un camino por donde pasan los conejos a menudo. No debemos andar lejos de su madriguera...

El rastro llevaba hasta el seto y luego se metía por un agujero. Nenu se disponía a introducirse en él cuando, de pronto, se oyó un ruido de hojas pisoteadas y un gemido. Echó a correr. Tumbado sobre un costado, el cocker respiraba con dificultad.

—¡Mally! ¿Qué sucede, amigo? ¿Qué te ocurre?

—Mi cuello... mi cuello... —gimió el cocker con una voz muy extraña.

Nenu olfateó a su amigo. Alrededor de su cuello había un alambre de acero muy

apretado, un nudo corredizo cuyo extremo estaba atado al tronco de un árbol.

—¡Un cepo...! —rugió—. Una trampa como las que mi amo, el pastor, ponía para cazar conejos. No te muevas, no te muevas por lo que más quieras. Si no, te ahogarias.

—¡Me duele mucho! —gimió Mally-Pop.

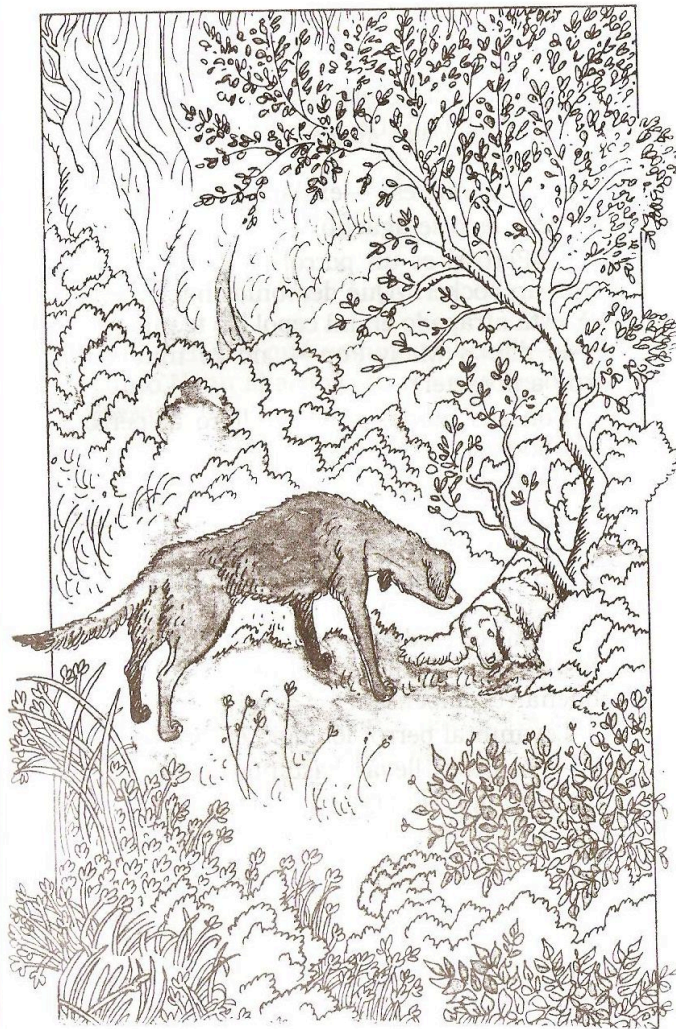
Nenúfar arremetió a dentelladas contra el tronco del árbol. Hizo volar la corteza, y sus poderosas mandíbulas empezaron a roer la madera. Roía y roía lo más aprisa que podía. Pero pronto, agotado, tuvo que parar. El tronco, apenas estaba desgastado.

Respiró un poco y ya iba a reemprender su trabajo cuando oyó un ruido.

—¡Un hombre! —dijo con un gruñido en la garganta—. Ha sido él quien ha puesto el lazo. Ya verás éste...

—No —dijo Mally-Pop haciendo un esfuerzo—. El me soltará.

Los pasos se acercaban, pesados, tranquilos. Nenu se pegó al suelo en silencio debajo de un matorral, quedando invisible. Pero tenía erizados los pelos del lomo y enseñaba unos colmillos brillantes. ¡Como el hombre se atreviese a hacerle daño a su amigo...!



Apareció el hombre, se dirigió hacia el seto, se agachó. De repente pegó un bote hacia atrás.

—¿Esto qué es? —exclamó.

De nuevo se agachó.

—¡Pero si es un perro! ¡Y nada menos que un cocker! ¿Qué demonios hace aquí? ¡Y está atrapado en mi cepo! No te muevas —le dijo a Mally-Pop—, no te muevas, voy a librarte.

Con sus manos expertas libró al perro del horrible apretón del alambre de acero. Mally-Pop lanzó un gran suspiro. Levantó un poco la cabeza, lamió la mano del hombre y luego se tumbó de costado.

—Pobre amigo —dijo el hombre—. Se diría que estás en un apuro. Te llevaré a mi casa, te cuidaré y luego buscaremos a tus amos... Y tal vez hasta me den una buena recompensa...

Levantó al perro, lo cogió en brazos.

—Ya debes llevar bastante tiempo perdido, amigo. No pesas casi nada.

Y se alejó en dirección al pueblo.

Por un momento, Nenu había pensado atacarle. Pero el tono de la voz del hombre le indicaba que no tenía ninguna mala intención para con su amigo. Además, en

lo más hondo de él, toda su infancia, toda su educación le impedía hacerlo.

—¿Y AHORA qué vamos a hacer? —preguntó Nenu al acabar su relato a los otros perros.

—Nada. No podemos hacer nada —dijo Pompón—. El hombre lo cuidará y lo tratará bien. Y volverá a casa de su dueña. Tenemos que cruzar el río y seguir.

—No —dijo Nenu—. Yo no lo abandonaré.

—En ese caso me marcharé solo —dijo el viejo perro—. Yo no puedo esperar más.

—Nos vamo a í —dijo Tritus.

—¡Los niños se callan! —gruñó Nenu—. Escucha, Pompón; voy a llegarme al pueblo a ver lo que puedo hacer por Mally-Pop. Si al amanecer no he vuelto, puedes marcharte. Tritus y Loa que se queden aquí, esperándome, y ya después procuraremos encontrarte.

—De acuerdo —dijo Pompón—. Esperaré, pero en cuanto salga el sol, me marchó.

A grandes zancadas ágiles, Nenúfar se dirigió hacia el pueblo.

Nada más arrimarse a las primeras casas, se armó un concierto de ladridos de todos los perros domésticos encerrados durante la noche. Insultaban a ese perro libre cuyo olor desconocido llegaba hasta ellos, en sus casetas o bajo las mesas.

Nenu se sentó en el cruce de dos calles y movió las orejas en todas las direcciones.

En medio de todos los insultos, de todos los retos que le lanzaban los otros perros, logró, de pronto, oír una voz muy débil que le llamaba:

—¡Ne...nu! ¡Ne...nu!

Con un ladrido de alegría, echó a correr hacia adelante y, guiado siempre por las llamadas de su amigo, llegó por fin cerca de una granja un poco aislada.

Otra voz se mezcló con la de Mally-Pop.

—¡Largo de ahí, vagabundo, sigue tu camino! Vete, que se va a despertar mi amo y te va a pegar un tiro. ¡Que te vayas, ladrón, estás en mi territorio! ¿Acaso no has olido mis marcas?

Al acercarse un poco más, Nenu oyó a Mally-Pop que decía:

—Cállate, Karás, es mi amigo Nenúfar

que viene a ver qué pasa. Sé amable, no grites, es un amigo.

El otro perro se calmó, pero siguió gruñendo.

—Nenu —dijo en voz baja el cocker—, avanza, estamos detrás de una alambrada.

El perrazo rojo se acercó y descubrió a su amigo. Mally-Pop estaba ahora de pie y no parecía que hubiese sufrido demasiado con el lazo.

—¿Cómo estás? —preguntó Nenu.

—Bien, muy bien. Aún me duele un poco el cuello, pero ya desaparecerá. He comido muy bien, ¿sabes? La comida es realmente de primera. ¿Verdad, Karás?

Nenu distinguió un enorme perro lobo que se acercaba. Sus pelos se erizaron, pero el cocker lo calmó con la voz:

—Es un amigo, Nenu. Es un perro muy valiente. No olvides que estás en su territorio; eres un invitado, pórtate, pues, como un invitado.

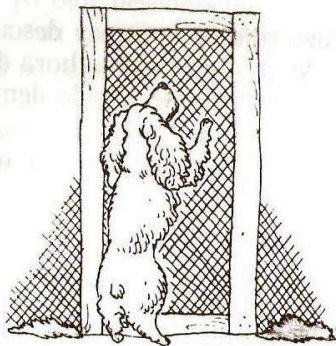
Para mostrar su buena voluntad, Nenu movió la cola, y Karás y él se olfatearon a través de la alambrada.

—Bueno, vamos, Mally-Pop. Tenemos que marcharnos ya. El viejo Pompón no

quiere esperarnos. Y yo no quiero que se marche solo. Ven, vámonos ya.

—Pero... ¿es que no te has dado cuenta?

—preguntó el cocker extrañado—. No puedo irme. Estoy encerrado.



11 *Cómo Loa procuró alimento a sus amigos*

NO parece muy listo, que digamos —refunfuñó Karás—. ¿Crees que tu amigo Mally-Pop se habría quedado aquí si se hubiera podido escapar?

—¡Y yo qué sabía! —dijo Nenu—. Yo creía que estaría enfermo, demasiado débil para marcharse.

—Si yo estuviese ahí fuera abriría fácilmente la puerta —dijo el perro lobo—. Me he fijado cómo lo hace mi amo. No hay más que levantar un picaporte.

—¡Prueba a ver, Nenu! ¡Inténtalo! —dijo el cocker.

—¡Ya me extraña que tu amigo lo consiga...! No parece muy despabilado —dijo Karás.

Sin hacer caso de la burla, Nenu dio la vuelta a la cerca. Había, en efecto, una puerta y se puso de pie contra ella. Vio una pieza de hierro que entraba en un agujero y que estaba, toda ella, impregnada del olor del hombre. Empezó a morderla y a tirar con todas sus fuerzas.

—¡Así no! —dijo el perro lobo—. Así lo único que conseguirás será partirte los dientes. Levántalo un poco con el morro.

Nenu lo hizo así. Sintió el frío del metal en la punta, tan sensible, de su hocico y empujó. Pero en vano.

—Está muy duro —dijo resoplando—. Me hace daño.

—Prueba otra vez —gimió Mally-Pop—. No quiero quedarme aquí, quiero irme con vosotros.

El perrazo rojo empujó con todas sus fuerzas el vástago de hierro. Sintió desgarrarse la punta del hocico, y notó el sabor áspero de la sangre que le llenaba la garganta. Pero la barra se levantó y, cuando Nenu cayó sobre sus patas, el cocker no tuvo más que empujar la puerta para encontrarse fuera.

—Gracias, Nenu —dijo.

—Ya ves que no soy tan idiota como

creías —dijo Nenu a Karás, que había ido a tumbarse al fondo de su caseta.

—Es verdad —reconoció el perro lobo.

—¿Te vienes con nosotros? —le preguntó Mally-Pop.

—¿Irme con vosotros...? —gruñó Karás—. ¡Ni hablar! Vosotros debéis de estar un poco locos. ¿Para morirme de hambre como vosotros? ¿Para que me estrangule un lazo? ¿Para verme encerrado en la casa de cualquier hombre? No, gracias, aquí estoy muy bien. La comida es excelente, me la sirven a sus horas, y mi amo no es malo. Eso es todo lo que necesito. Me quedo, me quedo. Y cerrad bien la puerta antes de marcharos.

—¿Que cerremos la puerta? —preguntó Nenu con un poco de desprecio.

—Sí, si no, a lo mejor me entran ganas de escaparme... y no quiero hacerlo.

Apoyándose en la puerta, Nenu dejó caer la barra en su posición.

—Eres un tipo muy raro —le dijo al perro lobo, que parecía haberse dormido ya en su rincón—. Lo que es yo, prefiero morirme de hambre, morirme de frío, pasar miedo, que me duela cualquier cosa, pero ser libre.

Y el cocker y el perrazo rojo se fueron por las calles desiertas de la aldea dormida.

—¡LOA se ha marchado! —les dijo Pomón cuando los otros dos llegaron adonde él estaba.

—¡No! ¡No puede ser verdad! —gimió Nenu lamiéndose el hocico dolorido.

—Se fue sin decir nada —prosiguió el viejo perro—. Yo pensé que había ido a reunirse con ustedes.

En aquel preciso instante, por la dirección de la aldea, se oyó un jaleo enorme de ladridos, y un alboroto de plumas y cacareos de aves de corral. Luego, poco después, un escopetazo.

—¡Loa! —gritó Nenu—. ¡Es Loa!

Siguió un momento de silencio. Y ya se disponía el perrazo a volver al pueblo, cuando la perrita apareció tras el recodo del camino. Temblando a más no poder, llevaba en la boca un enorme gallo muerto.

—¡Loa! —le gritaron todos, lo que despertó a Tritus, que desde largo rato es-

taba dormido, apoyado contra Pompón.

—¿Qué pasa con Loa? —dijo la perrita—. Traigo comida. Si no estuviese yo aquí, me pregunto cómo se las arreglarían ustedes. Ea, aquí está el almuerzo —dijo, dejando a sus pies el pollo que aún estaba caliente—. No ha sido difícil. ¡Vaya gozada! Para una vez que atrapo un pájaro...

—¿Y el disparo? —preguntó Nenu— ¿Estás herida?

—¿El disparo? ¿Qué disparo?

—Desde aquí lo hemos oído nosotros —exclamó Mally-Pop.

—¿Ese ruido tan grande que oí era un disparo? —gritó la perra, temblando.

CUANDO ya no quedaba del pollo más que unas plumas desperdigadas por la hierba, el grupo de perros se dispuso a marchar.

—En el pueblo hay un puente —dijo Nenu—, pero no podemos ir por ahí. Todos los hombres estarán en alerta después de la hazaña de Loa, y acaso también hayan descubierto ya la fuga de Mally.

Nos exponemos a que nos peguen unos escopetazos. Hay que cruzar el río por un vado.

Bordearon río abajo, procurando distinguir, en la semiclaridad del alba, el lugar más a propósito para salvar aquel obstáculo.

La cosa parecía difícil. Encajonado entre dos tajos cortados a pico, el río corría a mucha velocidad y sólo se ensanchaba en pocos lugares.

Por fin encontraron un sitio en el que, en una curva, el agua se ensanchaba un poco más y parecía reducir su velocidad.

Nenu se adentró, y en seguida le llegó el agua al pecho. Empezó entonces a nadar y pocos metros después sus patas hicieron pie. Subió a la otra orilla.

—¡No es demasiado difícil! —gritó a los otros perros que, apretados los unos contra los otros, aguardaban.

Con precauciones casi cómicas, como si el agua fuese a manchar su hermoso pelaje plateado, Loa se adelantó; luego, nadando ágilmente, se reunió con Nenu y se estuvo sacudiendo durante un buen rato para secarse.

Mally-Pop la siguió, con sus largos pelos



flotándole alrededor como si fuesen algas.

—¿Y yo? ¿Y yo? ¿Y yo? —gimió Tritus horrorizado por la corriente.

Nenu volvió, lo cogió con la boca por la piel del cuello y, manteniendo la cabeza por encima del agua, lo pasó a la otra orilla.

Ya sólo quedaba el viejo Pompón.

Se metió valientemente en el agua y, en cuanto sus patas dejaron de tocar el suelo, empezó a nadar.

Pero la corriente era, con mucho, demasiado fuerte para sus pobres fuerzas, y fue arrastrado lejos de la orilla de arena en donde le aguardaban sus compañeros.

—¡Pompón! —gritó Nenu corriendo por la orilla.

Se veía la cabeza del viejo perro hundirse y salir a la superficie en los remolinos. Bajaba con la corriente a una velocidad de locura, girando sobre sí mismo.

Corriendo, Nenu le cogió un poco de delantera y, cuando tuvo al viejo perro a su alcance, se lanzó al agua espumante, le agarró con la boca donde pudo, en una oreja, y, nadando con todas sus fuerzas, consiguió arrastrar a su amigo hasta la orilla, en un lugar donde se calmaba el agua gracias a las hierbas del fondo.

Sus uñas se clavaron en la arena y su cuerpo poderoso sostuvo el de Pompón.

Agotados, remontaron la orilla y se desplomaron jadeantes.

Los ojos del viejo perro parecían haber adquirido el tono verdeclaro del agua, y respiraba con unos pequeños resoplidos roncós; su cuerpo entero estaba temblando.

—¡Gran - Lobo - Salvaje...! ¡Gran - Lobo-Salvaje...! —murmuraba.

12 *Gran-Lobo-Salvaje*

DOS días tardó el viejo Pompón en restablecerse. Los otros perros, turnándose, venían a echarse junto a él para procurarle un poco de calor, y a lamerle una y otra vez la punta de su hocico, agrietada por la fiebre.

Para proporcionarles alimento, Loa hizo nuevas incursiones por los gallineros de la aldea. Pero los hombres estaban ya sobre aviso y el último día la perra regresó con las manos vacías.

—Creo que ya tengo bastantes fuerzas para continuar —dijo el viejo perro—. Tenemos que largarnos; si no, los hombres vendrán con sus escopetas y no quisiera yo que os ocurriese nada por mi culpa.

Dejaron, pues, la orilla del río y escalaron con dificultad la pendiente casi a pico, por unos senderos estrechos y traidores.

Nenu y Mally-Pop sostenían al viejo Pompón en los pasos difíciles y Loa se ocupaba de Tritus. Aunque éste ya no tenía mucha necesidad de ayuda: se había convertido en un joven perro fuerte, bastante sensato y ya no se alejaba demasiado.

Llegados a la cima, la pendiente continuaba, pero más suave.

Día tras día continuaban subiendo, siempre subiendo.

El otoño había desnudado los árboles después de haberlos pintado con sus colores más hermosos, y el aire se hacía cada vez más frío.

De cuando en cuando les caía encima una lluvia helada y, temblando, se acurrucaban los unos contra los otros, y de sus gargantas salían bocanadas de vapor.

Un día empezó a nevar.

Una especie de locura pareció apoderarse de Tritus y de Loa. Corrían tras los blancos copos, querían atraparlos a mordiscos con grandes «clacs» de sus mandíbulas, se perseguían el uno al otro dando unos grandes brincos, se echaban a rodar por la fina capa que cubría el suelo.

Ahora, la alimentación ya no era un problema. Abundaba la caza y Mally-Pop había afinado sus sentidos. Con sólo descubrir un rastro, ya sabía lo que iba a encontrar; y ya no echaba a correr, como antes, detrás de un joven gazapillo a quien costaba casi el mismo esfuerzo atrapar que a un viejo macho lleno de experiencia, pero que no proporcionaba al grupo más que unos pocos bocados de carne insulsa.

También Nenu había realizado progresos, aunque lo más a menudo, se contentaba con esperar detrás de un arbusto a que el cocker dirigiese la pieza hacia donde él estaba.

Cazando, comiendo, caminando durante la noche, atravesaron los bosques sombríos y, un día, llegaron a la cima de la montaña.

Era un lugar desolado en donde el viento glacial soplaba a sus anchas.

El grupo se detuvo y se sentó. En toda la extensión de tierra que la vista podía abarcar, sólo se veían bosques y más bosques, pintados de nieve por arriba, oscuros más abajo.

Aguzaron la oreja y olfatearon en todas las direcciones. En ninguna parte se dejaba sentir la presencia del hombre.

—Ya estamos en la cima de la montaña —dijo Nenu volviéndose hacia Pompón—. Ya hemos llegado.

—Sí —dijo el viejo perro.

—Hemos llegado, pero no hemos encontrado a Gran-Lobo-Salvaje —dijo Nenu suavemente.

El viejo Pompón recorrió melancólicamente el paisaje con la mirada.

—No —murmuró con pena al cabo de un momento—. No hemos encontrado a Gran-Lobo-Salvaje...

Y como el viento arreciase más fuerte y empezase a caer una tormenta de nieve, bajaron tristemente hacia el bosque.

La noche era glacial. Acurrucados, apretados todos alrededor de Pompón, a quien sacudían unos fuertes temblores, los perros se durmieron.

De repente, a medianoche, Nenu se despertó sobresaltado. A su lado, el sitio de Pompón estaba vacío, frío ya.

¡Arriba todos! —gritó el perrazo incorporándose sobre sus cuatro patas— ¡Arriba! ¡Pompón se ha marchado!

Los otros se levantaron en silencio, sacudiéndose.

—Está enfermo, no podemos dejarle so-

lo —dijo Nenu—. Mally, ve tú delante, sigue su rastro.

El rastro era ya un poco viejo para el olfato, pero se distinguía perfectamente en la espesa alfombra de nieve. En fila india, los perros lo siguieron.

Las huellas subían entre los árboles. Se veía perfectamente que el viejo perro había comenzado a andar lentamente y que, a veces, agotado, se había dejado caer en la nieve en un hueco que aún conservaba un poco de su olor.

Caminaban lo más aprisa posible, casi corriendo. De repente, Mally-Pop lanzó un ladrido de aviso.

Delante de ellos, negro sobre la blancura de la nieve, divisaron al viejo Pompón que, más que andar, se arrastraba.

De unos cuantos saltos llegaron adonde él.

—Pompón, Pompón —dijo Nenu con un nudo en la garganta—. ¿Por qué te has ido? ¿Por qué nos has dejado, a nosotros, tus amigos?

El viejo perro se volvió hacia él y plegó los labios con aquella sonrisa que le era tan particular y que ya hacía tiempo que no veían. Sus ojos brillaban.

—¡Gran-Lobo-Selvaje! —murmuró—. ¡Gran-Lobo-Selvaje!

—Vuelve con nosotros, Pompón, ven al refugio —dijo Mally-Pop llorando.

—Está delirando —murmuró Nenu.

—No —dijo Pompón—. Gran-Lobo-Selvaje está ahí. Lo sé. Lo he oído.

Y antes de que los otros, pasmados, pudiesen reaccionar, reunió todas sus fuerzas y se lanzó corriendo hacia lo alto de la pendiente.

Cuando los demás llegaron adonde él, Pompón se encontraba delante de un agujero negro que se adentraba en la roca.

—¡Está aquí! ¡Os digo que está aquí! —dijo temblando de emoción—. ¡Gran-Lobo-Selvaje está aquí!

Y entró en la cueva, y los otros, tras un momento de duda, le siguieron.

El estrecho camino excavado en la roca daba vueltas y más vueltas.

A medida que iban descendiendo, un olor fuerte y raro subía hasta ellos.

Finalmente desembocaron, siempre detrás del viejo Pompón, en una sala más grande, donde el olor se hizo tan fuerte que los pelos de sus lomos se erizaron, al tiempo que de sus gargantas brotaba un gruñido.



Del otro lado de la sala llegó hasta ellos otro gruñido, ronco, poderoso, desconocido.

Una vez que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, los perros distinguieron en las tinieblas dos ojos brillantes que enmarcaban un hocico alargado que salía de una masa enorme de piel color aleonado.

—¡Gran-Lobo-Selvaje! —gritó Pompón— ¡Por fin te he encontrado, Gran-Lobo-Selvaje! ¡Soy feliz!

Dio un gran suspiro, se desplomó por tierra... y ya no se movió más...

Epílogo

DURANTE un largo rato no hubo en la gruta más que silencio, entrecortado por los aullidos lejanos del viento y los gemidos de Tritus, que se apretaba contra el cuerpo sin vida de su viejo amigo Pompón.

Finalmente habló el lobo. Su voz era fuerte pero cansada, con un cansancio extremo:

—¡Por fin me habéis encontrado! Tiempo os ha costado, pero me habéis encontrado. ¡Llamad a vuestros amos! ¡Ea, cumplid con vuestra obligación!

—¿Nuestros amos? ¿Nuestra obligación? —dijo Nenu asombrado—. Nosotros no tenemos amos, Gran-Lobo-Selvaje. Sólo hemos venido para verte a ti, el antecesor de todos nosotros. ¡Te saludamos, Gran-Lobo-Selvaje!

El lobo lanzó un largo aullido que semejó una carcajada.

—¿Gran-Lobo-Salvaje? ¿Gran-Lobo-Salvaje? ¿El antepasado de todos vosotros los perros? Así que no sabéis quién soy yo...

—Tú eres Gran-Lobo-Salvaje —dijo Mally-Pop con la voz que le temblaba.

—No —dijo el lobo—, yo no soy Gran-Lobo-Salvaje. Ni siquiera sé si existe el tal Gran-Lobo-Salvaje. No soy más que un viejo lobo que vivía en un zoo, allá abajo, lejos, cerca de la ciudad, solitario en una jaula entre un mono y unos canguros.

—¿Qué es un mono? ¿Qué son canguros? —preguntó Tritus, olvidando por un instante su tristeza.

—Un pobre lobo viejo —prosiguió el otro sin hacer caso de la interrupción—. Un pobre lobo viejo nacido en un cajón, alimentado por los hombres, cuidado por los hombres, observado por los hombres, burlado por los hombres. Un día, mi guardián cerró mal la jaula, y me escapé; y me vine aquí, a la montaña, para morir en ella. Yo no soy vuestro antepasado, yo no soy Gran-Lobo-Salvaje, ni sé si Gran-Lobo-Salvaje existe. Y ahora, si realmente no

me deseáis ningún mal, dejadme en paz, por favor, dejadme en paz.

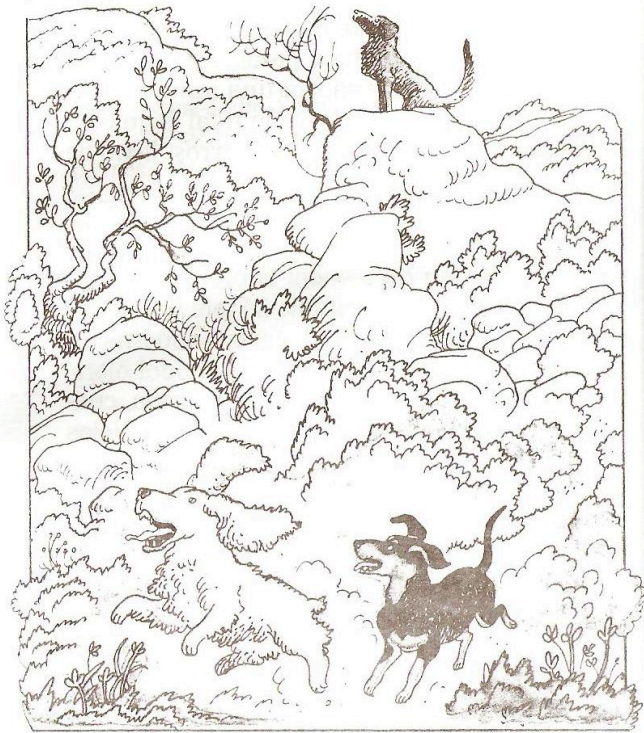
Con la cola gacha, sin una mirada atrás hacia el cuerpo de Pompón ni al viejo lobo moribundo, se alejaron los perros, lleno de tristeza el corazón.

ACAMPARON en un valle, en una cueva poco profunda, alfombrada con hojas muertas.

Loa cazaba con los dos perros, y pronto, Tritus, crecido, empezó a seguirles. Cazaban en grupo o de dos en dos, y las piezas temblaban al acercarse ellos.

Un día en que Mally-Pop, acompañado de Tritus, volvía a la guarida llevando en sus fauces una liebre con la columna vertebral partida, Loa arremetió contra ellos, erizada, gruñendo. De un empujón tiró a Tritus rodando por la hierba recién nacida y, lanzándose contra el cocker, le mordió en el costado.

—¡Se ha vuelto loca! —gimió Mally-Pop retrocediendo precipitadamente, mientras



Tritus huía aullando con el rabo entre piernas.

—No —dijo Nenu que llegaba en aquel momento—. No, no está loca, lo que pasa

es que acaba de tener perritos. Unos críos guapísimos por cierto, enteramente mi retrato —dijo Nenu muy orondo—. Loa no consiente que nadie se acerque a ellos. Ni siquiera yo —añadió con aire triste.

—¡Ah, bueno, conque se trata de eso! —dijo Mally-Pop.

—Creo que va a ser necesario que nos separemos. Mucho me temo, amigo Mally, que se hayan terminado tus vacaciones.

—Bueno, por una parte casi me alegro —dijo el cocker—. Aquí, entre nosotros, y que nadie se entere... ya empezaba yo a estar un poco harto de esta vida. Tengo muchas ganas de volver, a ver si mi dueña me sigue queriendo todavía. Y luego... ¡psché...!, en el fondo... un poco de perfume, eso sí, ¿eh?, sólo un poco... eso no puede hacerle mal a un perro.

—Yo... yo me quedo aquí, con Loa y la camada —dijo Nenúfar—. Soy feliz. Soy libre. Aguardaré la llegada de Gran-Perro-Amarillo.

CON un último ladrido de despedida, Mally-Pop y Tritus emprendieron el regreso.

Detrás de ellos, la recia silueta del gran perro rojo se erguía sobre una roca.

Mucho tiempo después de haberlo perdido de vista, oyeron un último y sonoro concierto de ladridos.

Descendieron de la montaña, atravesaron de nuevo el río y la meseta, cruzaron las colinas y llegaron a las afueras del pueblo de Mally-Pop.

—¿De verdad que no, Tritus? —preguntó el cocker al joven perro—. ¿No quieres venir para que te adopte mi dueña?

—No —dijo Tritus—. Me apetece ver un poco de mundo. Además... tengo la impresión de que no me iba a gustar el perfume...

Se olieron para decirse adiós, y luego, con un nudo en la garganta, Mally-Pop se fue corriendo hacia su casa, sin mirar para atrás ni una sola vez.

AHORA, Tritus ha adoptado a un hombre, una mujer y sus dos hijos. Sus dueños son muy simpáticos y le preparan unas comidas succulentas.

Es feliz, da unos largos paseos por el campo, juega con los niños.

Tiene cantidad de perros amigos que le respetan. Es un luchador temible, pero leal.

A veces, echado bajo la mesa de la cocina, mueve las patas como si estuviese corriendo y gime.

—Está soñando —dice su dueño.

Está soñando...

Sueña con interminables correrías por praderas cubiertas de rocío, con chapuzones en rápidas corrientes de agua, con cacerías desenfrenadas bajo los altos árboles del bosque, con juegos alocados en la nieve fría.

Sueña...

Y a su lado corren un viejo perro blanco y canelo, que sonríe, un cocker dorado, un perrazo rojo y una perra plateada.

Y sobre ese sueño flotan los dos ojos brillantes y llenos de misterio de Gran-Lobo-Selvaje.

Índice

	Prólogo	7
1	Perdido en la autopista.....	11
2	Cómo fue bautizado Tritus.....	19
3	Pompón	27
4	Cómo Pompón y Tritus encontraron a Mally-Pop	33
5	Cómo Pompón y Mally-Pop aban- donaron a Tritus	41
6	Cómo Pompón, Mally-Pop y Tritus se encontraron con Nenúfar	51
7	Cómo Nenúfar y Loa se unieron al grupo	61
8	Vicky	69
9	La caza de Mally-Pop.....	79
10	Cómo cayó prisionero Mally-Pop..	87
11	Cómo Loa procuró alimento a sus amigos	97
12	Gran-Lobo-Salvaje.....	107
	Epílogo	115